

Los Ángeles

Fr. Santiago Cantera Montenegro O.S.B.

Pero, ¿existen los ángeles? Noviembre 2010

Resulta ciertamente chocante observar las contradicciones de nuestro tiempo: se niegan unas realidades y por otro lado se hace uso de ellas para el cine y el entretenimiento o bien se trata de buscar sucedáneos que las sustituyan.

Tal cosa sucede con harta frecuencia con los ángeles: no es raro que, al pronunciar esta palabra, haya personas que muestren una sonrisa escéptica e irónica, con aire de superioridad hacia quien se ha atrevido a hablar de ellos con naturalidad, mirándole con desdén y considerando que es alguien anticuado o ignorante de los últimos descubrimientos científicos.

Pero, a la vez, vemos también en nuestro entorno social el éxito de películas que abordan temas como los propios ángeles o más aún la figura del demonio y la cuestión de los exorcismos, o del anticristo y los últimos tiempos. Y contemplamos cómo el recurso tradicional de la piedad católica a la intercesión de los ángeles es suplantado muchas veces por la búsqueda de *médiums* espiritistas, adivinos y agoreros del tarot y del zodiaco, brujas, juegos esotéricos que corren el peligro de acabar en el satanismo (como la *ouija*), etc. Entre los niños, se difunden las aventuras de Harry Potter y las fantasías de magos casi todopoderosos, en no pocas ocasiones con un contenido poco recomendable para su formación personal.

También se observa el éxito incontestable de trilogías de libros y películas de mundos épicos en los que aparecen recreados tipos de las antiguas mitologías grecorromana y germánica, incluso en ocasiones con un laudable sentido cristiano –como es el caso de las obras de Tolkien–, pero que no deberían hacer perder de la perspectiva de la educación católica de los niños y de los jóvenes el hecho de que existe una verdadera realidad espiritual, que forma parte del dogma de nuestra fe y que es de gran importancia para la vida personal del cristiano.

¿Existen, pues los ángeles? ¿Son un mito del pasado, del mundo judeocristiano y hasta con antecedentes en otras religiones? ¿Hemos de pasar página sobre ellos? ¿O debemos, por el contrario, tenerlos presentes en nuestra fe y en la vivencia de ella?

Dogma de fe

Ante todo, para dar una primera respuesta a estas preguntas, hay que afirmar con rotundidad: la existencia de los ángeles es un verdadero dogma de fe de la doctrina católica, expresado en el Credo de los Apóstoles cuando asevera que Dios es "Creador del cielo y de la tierra", y por el Credo Niceno-Constantinopolitano al añadir "de todo lo visible y lo invisible". En la alusión al cielo y a lo invisible, está comprendida como verdad de fe la creación y la existencia de los ángeles. Y tan importante es para la Iglesia, que profesa esta verdad al recitar el Credo todos los domingos en la Santa Misa.

El IV Concilio de Letrán (1215) afirma en su profesión de fe que Dios, "al comienzo del tiempo, creó a la vez de la nada una y otra criatura, la espiritual y la corporal, es decir, la angélica y la mundana; luego, la criatura humana, que participa de las dos realidades, pues está compuesta de espíritu y de cuerpo". El *Catecismo Romano* publicado a raíz del Concilio de Trento dice que Dios creó, "para que le sirviesen y asistiesen, la naturaleza espiritual e innumerables ángeles, a los que después enriqueció y hermoseó con el don admirable de su gracia y poderío". Y el *Catecismo de la Iglesia Católica* editado bajo Juan Pablo II lo dice claramente: "La existencia de seres espirituales, no corporales, que la Sagrada Escritura llama habitualmente ángeles, es una verdad de fe. El testimonio de la Escritura es tan claro como la unanimidad de la Tradición" (n. 328).

Se han señalado principalmente cuatro grupos de pruebas de la existencia de los ángeles:

1) La fe

Ante todo, evidentemente, está para un católico la afirmación de la existencia de los ángeles en la Sagrada Escritura, en la Tradición y en el Magisterio de la Iglesia. En el artículo anterior hemos expuesto brevemente que es un auténtico dogma de fe, contenido explícitamente en los símbolos o credos, desde el Apostólico y el de Nicea-Constantinopla, y cómo viene siendo una verdad sostenida hasta nuestros días, en concreto en fechas recientes por el *Catecismo de la Iglesia Católica* y en la enseñanza de los Papas Juan Pablo II y Benedicto XVI. En la Sagrada Escritura, como veremos con más detalle en artículos próximos, existen 148 referencias a los ángeles en el Antiguo Testamento y 74 en el Nuevo. Todos los santos han creído en su existencia y muchos han tenido experiencias espirituales muy intensas en relación con ellos. La Teología acorde con el dogma católico, desde la Patrística y la Escolástica hasta los autores más recientes, siempre ha tratado con mayor o menor profundidad la cuestión de los ángeles: podemos destacar a algunos grandes clásicos como San Ambrosio, San Agustín, el Pseudo-Dionisio Areopagita, San Gregorio Magno, San Bernardo de Claraval, Santo Tomás de Aquino, el Beato Duns Escoto, etc. Normalmente la Teología aborda la angelología dentro del tratado de Dios Creador.

2) La experiencia de los santos

Hemos aludido a esta prueba en el punto anterior. No sólo se trata de una cuestión de fe y de estudio, sino de vivencia y experiencia personal de los cristianos y muy especialmente de los santos. Al igual que Nuestro Señor, muchos han conocido las tentaciones diabólicas –Satanás y los demonios son ángeles rebeldes y caídos, no lo olvidemos–: ya los Padres del Desierto, desde San Antonio Abad, y otros grandes monjes como San Benito, conocieron de primera mano las artimañas de los demonios y su influencia en la psicología humana para apartar al hombre de Dios y hacerle pecar, tanto por medio de la tentación como intentando provocarles pánico con lo que se denomina la infestación y la obsesión diabólicas y con casos de posesión que exorcizaron. Asimismo, estos santos invocaban con frecuencia a los ángeles buenos y percibían su protección, siendo conscientes, como dice San Benito, de que se hallan presentes en el momento de la oración comunitaria de los monjes en el Oficio Divino. Algunos santos han tenido apariciones de ángeles, han visto a sus ángeles de la guarda, han hablado con ellos, etc. Pero, aparte de estas manifestaciones extraordinarias, en todos los santos se descubre siempre una verdadera fe en los ángeles y una auténtica devoción hacia ellos, rezándoles, encomendándoles sus personas y sus asuntos...

3) La prueba lógica o racional

Es Santo Tomás de Aquino quien aduce esta demostración con mayor peso. El orden jerárquico que observamos en el mundo creado exige la existencia de unos seres espirituales entre Dios y los hombres, pues no puede haber vacíos en la jerarquización de los seres; si la hubiera, sería una imperfección del orden creado. Esta prueba tiene cierta similitud con el descubrimiento de la existencia del planeta Neptuno por los astrónomos antes de que fuera detectado por los telescopios: fueron conscientes de que tenía que existir ese planeta.

4) La prueba histórica o del consenso

Todos los pueblos han creído siempre en la existencia de unos espíritus puros superiores al hombre e inferiores a la divinidad, a los que han llamado con diversos nombres: genios, espíritus, demonios... Incluso cabe pensar que los dioses inferiores en las religiones politeístas responden con frecuencia a esta creencia.

Los ángeles son mencionados 148 veces en el Antiguo Testamento y 74 en el Nuevo: por lo tanto, el testimonio de la Sagrada Escritura es incontestable ante la cuestión de su existencia, pues habla de ellos de forma abundante y da por hecho que son seres espirituales reales creados por Dios.

En la Biblia aparecen por lo general como mensajeros de Dios (de ahí su nombre), encargados por Él para una misión o para transmitir un mensaje.

Los ángeles en el Antiguo Testamento

En el Pentateuco nos encontramos con frecuencia con la figura del "ángel del Señor" y de los ángeles en conjunto. Aquél, que en algunos pasajes puede aparecer prácticamente identificado con el mismo Dios, es el protector del pueblo elegido de Israel: "mi ángel marchará delante de ti" (Ex 23, 20-23). Pero ya antes, en el Génesis, unos querubines guardan la entrada del paraíso después del pecado original (Gen 3, 24), un ángel detiene el brazo de Abraham cuando va a sacrificar a su hijo Isaac (Gen 22, 11-12), dos ángeles protegen a Lot en la destrucción de Sodoma y Gomorra (Gen 19), Jacob ve en sueños una escala por la que suben y bajan los ángeles de Dios (Gen 28, 12), él mismo lucha con el ángel del Señor y recibe a partir de entonces el nombre de Israel (Gen 32, 24/25-32/33), etc.

En los textos que narran la cautividad de los judíos en Babilonia y los tiempos posteriores, destacan también algunos acontecimientos como la protección brindada por un ángel a los tres jóvenes en el horno (Dan 3, 49-50) y a Daniel en el foso de los leones (Dan 6, 21/22-22/23), así como la mención hecha del ángel Miguel como protector del pueblo hebreo (Dan 10, 13.21; 12, 1). En la descripción de los hechos vividos en la restauración hebrea tras el exilio, cabe señalar la referencia del libro de Nehemías al ejército celestial que adora a Dios (Neh 9, 6). En fin, sin duda sobresale también la misión desempeñada por el arcángel San Rafael en el libro de Tobías o Tobit.

Son importantes asimismo las alusiones de algunos profetas a ciertos coros angélicos, como los serafines en el libro de Isaías (Is 6, 2-7). En los Salmos, los ángeles actúan habitualmente como ejecutores de la voluntad divina y alaban constantemente a Dios, formando una corte o consejo a su servicio. A veces se les denomina "los santos" o "los hijos de Dios" (Sal 28/29, 1; 89, 6-8). El frecuente nombre de "Dios de los ejércitos" (Yahveh Sabaoth) en los Salmos hace referencia habitualmente a los ejércitos celestiales, angélicos, a quienes muchas veces se pide que le alaben, poderosos y obedientes a Él como son (Sal 101/102, 20). En este libro también se les presenta con cierta frecuencia como protectores en el camino: "Porque sus ángeles te enviará para que te guarden en todos tus caminos. En las manos te llevará para que tu pie no tropiece en ninguna piedra" (Sal 90/91, 11-12), promesa con la que luego Satanás trataría de tentar a Nuestro Señor Jesucristo en el desierto.

En fin, hay que recordar la importancia que los ángeles adquieren en la literatura rabínica y apócrifa del Antiguo Testamento, especialmente en el libro de Henoc y el segundo libro de Esdras, así como en la literatura esenia. En todos estos textos, aparecen como numerosos, omnipresentes, invisibles pero luminosos, inmortales, irresistibles para los enemigos de Israel, dotados de un conocimiento muy superior al humano, ágiles, etc. En algunos libros apócrifos del Antiguo Testamento, donde se observa una cierta especulación sobre ellos, se recogen los nombres de los siete arcángeles.

En el Nuevo Testamento hay hasta 74 referencias a los ángeles: muy numerosas, por lo tanto, para un conjunto de textos más breve que el Antiguo Testamento, en el que aparecen mencionados el doble de veces (148).

Los ángeles están presentes en la vida del Redentor desde que el arcángel San Gabriel anuncia a Zacarías el nacimiento del Bautista y a la Virgen María la Encarnación y el Nacimiento de Jesús (Lc 1, 5-38).

Asimismo, en el momento en que éste se produce, un ángel del Señor lleva la noticia del gran acontecimiento a los pastores de Belén y una muchedumbre del ejército celestial canta gozosa alabando a Dios (Lc 2, 8-14). También es un ángel el que comunica en sueños a San José que el Niño ha sido concebido por el Espíritu Santo en el seno de María (Mt 1, 20-21), otro le avisa del peligro que corre por parte de Herodes (Mt 2, 13) y posteriormente que pueden volver de Egipto a Galilea (Mt 2, 19-20).

Los ángeles están presentes sirviendo de lleno a Jesucristo, de tal modo que revelan con claridad que es el Hijo de Dios: así, después de las tentaciones en el desierto (Mt 4, 11; Mc 1, 13) y en su agonía en el Huerto de los Olivos (Lc 22, 43). Él mismo expresa su potestad divina sobre ellos cuando, en su apresamiento y ante los intentos de San Pedro de defenderle, afirma: "¿Piensas que no puedo rogar a mi Padre y que Él pondría al instante a mi disposición más de doce legiones de ángeles?" (Mt 26, 53). Ellos serán también los encargados de anunciar a las santas mujeres la Resurrección del Señor (Mt 28, 2-7; Mc 16, 5-7; Lc 24, 23; Jn 20, 12-13). Por supuesto, la segunda venida del Salvador al final de los tiempos tendrá lugar en compañía de sus ángeles (Mt 16, 27), quienes ocuparán un puesto importante a la hora del Juicio, separando a los buenos de los malos, y por eso son los segadores en la parábola de la buena semilla y de la cizaña (Mt 13, 37-43.49-50).

Ángeles de la Guarda

El propio Jesús habla numerosas veces de estos espíritus puros en su predicación. Sin duda, uno de los pasajes más ricos y hermosos es aquel en el que hace alusión a los ángeles de la guarda y en concreto de los niños (y también de los que son sencillos como niños, "los pequeñuelos"), donde indica que tales ángeles "ven sin cesar el rostro de mi Padre que está en los cielos" (Mt 18, 10). Por lo que reflejan las palabras del Divino Maestro, los ángeles juegan un papel importante a la hora de recibir y conducir las almas de los difuntos, según se observa en la parábola del rico Epulón y el pobre Lázaro, donde éste, al morir, es llevado por ellos al seno de Abraham (Lc 16, 19-25).

También destacan los ángeles en otros textos del Nuevo Testamento. En los Hechos, por ejemplo, un ángel aparece como liberador de los Apóstoles en la cárcel (Hch 5, 17-21) y más adelante de San Pedro (Hch 12, 3-19). Por otro lado, un ángel habla a San Felipe para que salga al encuentro del eunuco de la reina Candaces de Etiopía al que habrá de bautizar (Hch 8, 26). En las epístolas neotestamentarias, resaltan algunas referencias como la que se hace al arcángel San Miguel en el versículo 9 de la carta de Judas, la afirmación de San Pablo de que en Cristo "fueron creadas todas las cosas en los cielos y sobre la tierra, tanto las visibles como las invisibles, ya sean los tronos, ya las dominaciones, ya los principados, ya las potestades" (Col 1, 16; también es interesante Ef 1, 21) o la alusión a "los querubines de la gloria" (Heb 9, 5), la idea de que la ley fue transmitida por ministerio de ángeles (Gál 3, 19; Heb 2, 2), etc. En fin, el Apocalipsis, revelado por un ángel a San Juan (Ap 1, 1), es muy rico con relación a los ángeles: su número es inmenso y forman parte de la corte celestial (Ap 5, 11), los siete arcángeles están en la presencia de Dios (Ap 8, 2), etc.

Los ángeles pertenecen al orden de la Creación: son criaturas, han sido creados por Dios.

La Sagrada Escritura lo afirma claramente en varios textos: por ejemplo, en Nehemías 9, 6: "¡Tú solo eres Yahveh! Tú hiciste el cielo, el cielo de los cielos y todo su cortejo (o milicia) [...] y el ejército de los cielos te adora". En el Nuevo Testamento, San Pablo recuerda que en Cristo "fueron creadas todas las cosas del cielo y de la tierra, las visibles y las invisibles, los tronos, las dominaciones, los principados, las potestades; todo fue creado por Él y para Él" (Col 1, 16). El dogma católico así lo sostiene, según veíamos en el primero de estos artículos: en concreto, el IV Concilio de Letrán señala que los ángeles han sido creados por Dios al comienzo del tiempo.

En efecto, no han existido desde toda la eternidad, *ab aeterno*, pues hubo un momento en que no existían todavía: por lo tanto, a diferencia de Dios no son eternos, sino que han sido creados por Él en el tiempo; más exactamente, al comienzo del tiempo. San Agustín advierte que se produjo en el día primero del relato del Génesis, porque iría implícito en la frase: "Al principio creó Dios el cielo y la tierra" (Gén 1, 1; La ciudad de Dios, lib. XI, cap. 9). Conforme a estos escuetos datos de la revelación, completados por los que proporciona la razón, lo más probable es que fueran creados juntamente con el mundo corpóreo y antes que el hombre. Como diremos, los ángeles no son eternos, pero sí eviternos: es decir, han tenido un comienzo al ser creados por Dios, pero su existencia, al igual que sucede con el alma humana, ya no tendrá final.

Número de los ángeles

No es posible saber con exactitud el número de los ángeles, pero sí que es inmenso, según algunos testimonios de la Sagrada Escritura. Así, las visiones de Daniel y de San Juan en el Apocalipsis hablan de millares y millares y de miríadas de estos espíritus puros que sirven y alaban a Dios (Dan 7, 10; Apoc 5, 11-12). Nuestro Señor Jesucristo, al ser apresado en el Huerto de los Olivos, mandó a San Pedro guardar la espada, ya que si Él quisiera podría rogar a su Padre que dispusiera a su servicio doce legiones de ángeles (Mt 26, 53). Asimismo, su Nacimiento había sido anunciado a los pastores por un ángel, al cual se juntó "una gran multitud del ejército celestial" alabando a Dios con un canto o recitación de gloria (Lc 2, 13-14).

Muchos autores cristianos han considerado también inmenso el número de los ángeles por varias razones más. Así, San Gregorio Magno, en una expresión típica de la tendencia de algunos Padres de la Iglesia al simbolismo y a la alegoría bíblica, establece una relación entre la parábola de la dracma perdida y hallada por la mujer y los coros angélicos: "la mujer tuvo diez dracmas porque los coros de los ángeles son nueve, y, para que se completara el número de los elegidos, fue creado el coro de los hombres" (*Homilía 34 sobre los Evangelios*, n. 6). Por lo tanto, en el caso de que los hombres supusieran aproximadamente una décima parte de los ángeles (aunque el mencionado autor no dice que se trate de coros iguales o proporcionales), el número de éstos ha de ser inmenso. El Pseudo-Dionisio Areopagita, primer tratadista de los ángeles en el siglo V o VI (hacia 450-520), considera asimismo incontable su número y afirma que nos es imposible a los hombres cuantificarlo (*La Jerarquía Celeste*, cap. 14).

Santo Tomás de Aquino (1224-1274) alega además un argumento teológico-racional propio: probablemente el número de los ángeles exceda al de las especies de todas las cosas materiales, ya que, como Dios busca la perfección del universo al crear las cosas, cuanto más perfectas sean las crea con mayor prodigalidad (*Suma Teológica I*, q. 50, a. 3 in c).

Dice San Gregorio Magno que "la voz *ángel* es nombre del oficio, no de la naturaleza, pues aquellos santos espíritus de la patria celeste siempre son espíritus, pero no siempre pueden llamarse ángeles; porque solamente son ángeles cuando por ellos se anuncian algunas cosas" (Homilía 34 sobre los Evangelios, n. 8).

El primer papa-monje tiene razón, pues "ángel" significa "mensajero", "nuncio", "embajador", y no todos los coros de espíritus celestiales cubren esta misión. Pero, por extensión y de forma general, conocemos como "ángeles" a todos esos espíritus celestiales, aunque en sentido estricto sólo lo sean los propiamente denominados ángeles y los arcángeles. El nombre de "ángel" se debe a que Dios en ocasiones les hace ser mensajeros o transmisores de una revelación que no está a nuestro alcance.

Por lo tanto, la naturaleza de los ángeles es espiritual: son seres espirituales, sin cuerpo y sin mezcla alguna de materia. Por eso San Ambrosio de Milán dice que su naturaleza es más parecida a la de Dios que la de los hombres (*Tratado sobre el Evangelio de San Lucas*, lib. VII, n. 126). El Pseudo-Dionisio Areopagita, autor monástico oriental del primer tratado de angelología en el siglo V o VI, *La Jerarquía Celeste*, se refiere a los ángeles como "inteligencias celestes", "seres inteligibles e inteligentes" y "seres inmateriales e inteligentes" y señala que "son seres sobrenaturales que sobrepasan con mucho nuestra razón discursiva y corporal" (caps. 1 y 2). Santo Tomás de Aquino, el "Doctor Angélico" del siglo XIII, los define en la *Suma Teológica* como "sustancias intelectuales inmateriales", porque "toda sustancia intelectual es absolutamente inmaterial"; añade que nuestro intelecto no puede llegar a percibirlos como son en sí mismas, sino que las concibe a su modo humano, es decir, como percibe las cosas materiales (*Suma Teológica* I, q. 50, a. 2 in c).

Como seres espirituales incorpóreos, los ángeles son naturalmente incorruptibles e inmortales. No tienen cuerpos unidos naturalmente a ellos, si bien a veces los asumen, reales o aparentes: no necesitan asumir un cuerpo por ellos, sino por nosotros, para que los podamos ver, tocar, etc. Cabe recordar el ejemplo del arcángel San Rafael en el libro de Tobías o de Tobit. A diferencia de la unión de cuerpo y alma en el hombre, que Santo Tomás define como "unión sustancial", en el caso de que un ángel adopte un cuerpo real se da una mera "unión accidental", es decir, circunstancial, no necesaria. Por lo tanto, aunque puedan adoptar un cuerpo circunstancialmente para hacerse visibles a los hombres y aunque nosotros los representemos con cuerpo, dada nuestra incapacidad de imaginar en su pureza el espíritu y más aún de plasmarlo en el arte, los ángeles son en sí mismos espíritus puros, sin cuerpo.

Una cuestión opinable en la que incidió Santo Tomás y donde no todos los teólogos tienen el mismo parecer según su planteamiento metafísico, es si cada ángel constituye una especie diferente. Por ejemplo, los hombres formamos una misma especie (la humana). San Alberto Magno y San Buenaventura se inclinan a pensar que todos los ángeles son igualmente de una misma especie, pues todos son seres intelectuales. Otros teólogos, como Alejandro de Hales o Biel, piensan que los ángeles de una misma jerarquía (hablaremos sobre ellas) son de la misma especie, según los oficios o ministerios. Francisco Suárez y otros, por su parte, opinan que cada coro forma una especie (así, los querubines, los serafines...), por voluntad divina. En cambio, Santo Tomás y otros seguidores suyos piensan que cada ángel es una especie diferente, porque es una esencia diferente: la razón es porque en los ángeles no hay composición de forma y materia, pero sí de forma y ser, es decir, del sujeto que es (*quod est*) y de aquello por lo que es (*quo est*), del sujeto que es y del ser (*esse*).

La cuestión de lo que supone el lugar para los ángeles y su movimiento está abierta al debate entre los teólogos, aunque las opiniones de Santo Tomás, como sucede con frecuencia, resultan de un peso singular y serán las que principalmente recojamos de forma resumida. Con razón dice el "Doctor Angélico" que un cuerpo se halla en un lugar de manera circunscriptiva o circunscrita, o sea, reducida a ciertos límites, por lo cual se puede medir el lugar que ocupa. Pero el ángel, al ser puramente espiritual, se encuentra de una manera que trasciende por completo el lugar corporal: no se halla de manera circunscrita, aunque sí delimitativa o delimitadamente, es decir, está en un lugar y no en otro, pero ese lugar no se puede conmensurar o medir. Por su parte, Dios no se encuentra en un lugar de manera circunscrita como un cuerpo ni delimitadamente como un ángel, porque está en todas partes (*Suma Teológica* I, q. 52, a. 3 in c).

Se dice que el ángel está en un lugar cuando ejerce en él alguna acción: el ángel no tiene una cantidad dimensiva (de dimensión) como los cuerpos, pero sí virtual, por lo que puede ejercer su acción en un determinado lugar. El ángel no puede estar a la vez en varios lugares tomados adecuadamente, aunque sí inadecuadamente, o sea, en varios puntos de un mismo lugar, incluso distantes entre sí, si bien dentro de la esfera de la actividad angélica. Sólo Dios puede actuar a la vez en todos los lugares del universo sin que se agote jamás su capacidad infinita de acción. La virtud operativa del ángel, a diferencia de la de Dios, es finita y limitada: por tanto, puede distribuirse parcialmente en diferentes lugares considerados como un todo y sin que rebasen todos juntos la esfera de la actividad angélica.

El ángel puede moverse localmente sin necesitar pasar por el medio al trasladarse de un lugar a otro, pero su movimiento no puede ser instantáneo, aunque sea rapidísimo. Que los ángeles se desplazan

lo prueba la Escritura: por ejemplo, Jacob vio a los ángeles subiendo y bajando entre el cielo y la tierra por una escala (Gén 28, 12), un ángel se movía de un lugar a otro y acompañaba a los israelitas por el desierto (Ex 14, 19) y Satanás contestó a Dios que venía de recorrer la tierra (Job 1, 7) y llevó a Nuestro Señor Jesucristo desde el desierto al Templo de Jerusalén y a lo alto de un monte para tentarle (Mt 4, 5. 8; Lc 4, 5. 9).

Naturaleza del entendimiento de los ángeles

Como espíritus puros absolutamente inmateriales, los ángeles están dotados de facultad cognoscitiva, de entendimiento, pues la inmaterialidad es precisamente la raíz del conocimiento, y también están dotados de facultad apetitiva racional, de voluntad. Ya dijimos que el Pseudo-Dionisio Areopagita y Santo Tomás los denominaban y definían como "inteligencias celestes", "seres inteligibles e inteligentes", "seres inmateriales e inteligentes" y "sustancias intelectuales inmateriales". El primero dice que todo ser debe su existencia a Dios, los seres vivientes participan además de su poder vivificante y los seres dotados de razón e inteligencia participan de la Sabiduría divina (*La Jerarquía Celeste*, cap. 4). El segundo advierte con claridad que, como ser espiritual puro, en el ángel "todo su conocimiento es intelectual", mientras que el conocimiento del alma humana en parte es intelectual, pero en parte es sensitivo, debido a la unión sustancial de cuerpo y alma existente en el hombre (*Suma Teológica* I, q. 54, a. 3 ad 1, et a. 5 in c).

En artículos próximos entraremos con más detalle en estas cuestiones relativas al entendimiento y la voluntad de los ángeles, cuestiones que en algunos aspectos son de suma belleza e invitan a su devoción.

Refiriéndose de un modo especial a los ángeles custodios, pero con valor extensible a todos los espíritus celestiales, dice Jesús que "en los cielos ven sin cesar el rostro de mi Padre, que está en los cielos" (Mt 18, 10).

En los primeros libros del Antiguo Testamento, uno de los temores más hondos de algunos de los personajes bíblicos es haber visto al ángel de Yahveh, porque supone haber entrevistado o incluso haber visto cara a cara al mismo Dios (por ejemplo, Gedeón en el libro de los Jueces, 6, 22-23), lo cual es indicio claro de que dicho ángel está en la presencia del Señor contemplando su gloria. Los ángeles, ciertamente, están en la presencia de Dios alabándole (así, Salmos 102/103, 20-21; y 148, 2). El arcángel San Gabriel, cuando se aparece a Zacarías para anunciarle el nacimiento de San Juan Bautista, le dice que asiste en la presencia de Dios y le trae un mensaje de su parte (Lc 1, 19).

Por lo tanto, los ángeles contemplan a Dios y su conocimiento parte de esta fuente primordial, según han señalado con frecuencia los teólogos desde la época de los Padres de la Iglesia. San Agustín, al que Santo Tomás de Aquino seguirá y completará en esto, decía así que los ángeles tienen un conocimiento "diurno" o "matutino" y un conocimiento "vespertino": conocen en Dios las criaturas, contemplando al Creador, y ése es el conocimiento diurno o matutino, porque las conocen en su Causa original primera; pero también conocen a las criaturas en sí mismas en un conocimiento vespertino. Asimismo, los ángeles se conocen a sí mismos en Dios (conocimiento diurno o matutino de sí mismos), mejor que lo que se conocen en sí mismos (conocimiento vespertino de sí mismos) (*La Ciudad de Dios*, lib. XI, caps. 7 y 29; Santo Tomás lo aborda en la *Suma Teológica* I, q. 58, a. 6 y 7).

Contemplación del Verbo divino

Los ángeles contemplan a la Santísima Trinidad en el cielo. Conocen a las divinas personas, se conocen a sí mismos y conocen las criaturas en la contemplación de la Sabiduría en persona, es decir, la segunda persona trinitaria, el *Logos*, el Verbo de Dios, el Hijo. El Hijo es ciertamente "imagen del Dios invisible" (Col 1, 15), "irradiación esplendorosa de su gloria y sello de su sustancia" (Heb 1, 3). La Sabiduría divina, identificada con la persona del Verbo, es "una exhalación de la potencia de Dios y un limpio efluvio de la gloria del Todopoderoso", "irradiación esplendorosa de la eterna luz y espejo inmaculado de la energía de Dios y una imagen de su bondad" (Sab 7, 25-26). Por eso dice Jesús a San Felipe que "quien me ha visto, ha visto al Padre", porque "Yo estoy en el Padre, y el Padre en mí" (Jn 14, 9-10). Los ángeles, pues, ven en el cielo al Padre (Mt 18, 10) al contemplar al Hijo, y con ellos al Espíritu Santo. Contemplan y aman al Hijo y lo demuestran de manera especial con su alegría al anunciar su Nacimiento a los pastores (Lc 2, 13-14), al servirle después de las tentaciones en el desierto (Mt 4, 11; Mc 1, 13), al consolarle en la agonía en el Huerto (Lc 22, 43) y cuando vengan al final de los tiempos en la Parusía (Mt 24, 31; Mc 13, 27; Lc 21, 26). La estrecha unión de los ángeles al Verbo divino hace que Él comente a San Felipe y San Bartolomé: "En verdad, en verdad os digo, veréis el cielo abierto y a los ángeles del cielo que suben y bajan sobre el Hijo del hombre" (Jn 1, 51).

Así, pues, los espíritus celestiales conocen y aman al Verbo divino con intensidad, y en Él conocen al Dios Uno y Trino y las criaturas, porque es el "primogénito de toda la creación, porque en Él fueron creadas todas las cosas en los cielos y sobre la tierra, tanto las visibles como las invisibles" y "todas las cosas han sido creadas por medio de Él y para Él. Y Él es anterior a todas las cosas y todas tienen en Él su consistencia" (Col 1, 15-17). A Él le constituyó "heredero de todas las cosas", pues "por Él hizo [el Padre] también los mundos" (Heb 1, 2). Por eso el Padre ha querido instaurar y recapitular todas las cosas en Él, "las de los cielos y las de la tierra" (Ef 1, 10), sometiéndolo todo a Él (Heb 1, 8).

San Agustín señala que los ángeles comprenden a Dios "por la presencia misma de la verdad inmutable, es decir, por el Verbo unigénito. Y comprenden también al Verbo y al Padre y al Espíritu Santo por ellos, y entienden que ellos son la Trinidad inseparable y que cada una de las personas es en sí misma una sola sustancia, y todas no son tres dioses, sino un solo Dios" (*La Ciudad de Dios*, lib. XI, cap. 29).

El conocimiento de los ángeles proviene de ser impresos en ellos las razones de todas las cosas por el Verbo divino, según explica Santo Tomás. En cada ángel se halla impresa la razón de su propia especie según el ser natural y según el ser inteligible, por lo que subsiste en la naturaleza y se entiende y conoce a sí mismo; pero también se hallan impresas las razones de las otras naturalezas en cuanto al ser inteligible, de tal modo que conoce por ellas las criaturas, tanto las otras espirituales como las corporales (*Suma Teológica* I, q. 56, a. 2 in c).

El ángel tiene un doble conocimiento del Verbo: uno natural y otro de gloria. El primero, porque lo conoce reflejado por su similitud en su naturaleza; el segundo, porque conoce al Verbo por su esencia. Aquél es un conocimiento imperfecto y éste es perfecto. El conocimiento natural de las cosas en el Verbo le fue concedido al ángel desde el principio de su creación; el de gloria, en cambio, le fue otorgado cuando fueron hechos bienaventurados definitivamente por su conversión al Bien (por lo tanto, no se les ha dado a los demonios o ángeles rebeldes), y éste es el conocimiento que en propiedad se denomina "matutino" o "diurno", a diferencia del otro que es "vespertino" (*Suma Teológica* I, q. 62, a. 1 ad 3). En el conocimiento "matutino", "ven al Verbo y las cosas en el Verbo, y en esta visión conocen los misterios de la gracia [...] según Dios se los quiera revelar" (*Suma Teológica* I, q. 57, a. 5 in c).

Santo Tomás considera que los demonios, los ángeles rebeldes que fueron castigados al infierno, nunca tuvieron visión directa del Verbo, conocimiento de gloria: no alcanzaron la bienaventuranza, a diferencia de los ángeles buenos. Y tampoco conocieron por completo el misterio de la Encarnación mientras Cristo estuvo en la tierra. Siguiendo a San Agustín, el Aquinate sostiene que en la tierra el Verbo encarnado se dio a conocer a los ángeles buenos, pero a los demonios simplemente se daba a conocer para su espanto por medio de ciertos efectos temporales (*La Ciudad de Dios*, lib. IX, cap. 21; y *Suma Teológica* I, q. 64, a. 1 ad 4). El misterio de la Encarnación en general fue revelado a todos los ángeles desde el principio, porque es como un principio general al que se ordenan todos los ministerios de los ángeles. Pero el misterio considerado en sus condiciones especiales no fue conocido por todos desde el principio (*Suma Teológica* I, q. 57, a. 5 ad 1).

El entendimiento del ángel al contemplar el Verbo se encuentra siempre en acto y en esta visión consiste su felicidad, su beatitud, su bienaventuranza. Y en ese conocimiento del Verbo conocen las cosas a una vez por el Verbo, las conocen todas en una especie inteligible (*Suma Teológica* I, q. 58, a. 1 in c, et a. 2 in c).

Conocimiento de Dios

El conocimiento que de Dios tiene el ángel por sus medios naturales es intermedio entre el que Dios tiene de sí mismo (verle por su esencia: sólo Dios lo tiene) y el que de Él tenemos en esta vida terrena (por medio de la semejanza divina reflejada en las criaturas, viendo a Dios en un espejo). En la naturaleza del ángel está impresa la imagen de Dios, por lo que conoce a Dios por su propia esencia (la del ángel) en cuanto que ésta es una semejanza divina; pero no ve la esencia divina, porque ninguna semejanza creada es suficiente para representar la esencia de Dios. En consecuencia, este conocimiento que el ángel tiene de Dios se aproxima más al del espejo, que reproduce la imagen de Dios, que al conocimiento puramente esencial de Él (*Suma Teológica* I, q. 56, a. 3 in c).

Tanto antes de ser elevado al Solio Pontificio como desde este momento, el Papa Benedicto XVI se ha referido en muchas ocasiones a los ángeles y su importancia en el dogma católico y en la vida del cristiano y de la Iglesia, e incluso ha aludido a veces a su entrañable devoción personal hacia ellos desde niño y en concreto hacia el ángel de la guarda.

El día de la fiesta de los Santos Arcángeles Miguel, Gabriel y Rafael, el 29 de septiembre de 2008, subrayó que "la presencia invisible de estos espíritus bienaventurados nos ayuda y consuela: ellos caminan a nuestro lado y nos protegen en toda circunstancia, nos defienden de los peligros y podemos recurrir a ellos en todo momento". Por eso invitó a "invocar con confianza su ayuda, así como la protección de los ángeles custodios". No dejó de recordar que "muchos santos mantenían con los ángeles una relación de verdadera amistad y hay muchos episodios que testimonian su asistencia en particulares ocasiones. Los ángeles son enviados por Dios 'para asistir a los que tienen que heredar la salvación', como recuerda la carta a los Hebreos, y por tanto, son un válido auxilio en la peregrinación terrena hacia la patria celestial".

El 1 de marzo de 2009, glosando el evangelio del I Domingo de Cuaresma, se refirió de nuevo a los ángeles, "figuras luminosas y misteriosas", quienes "servían a Jesús (Mc 1,13) y son el contrapunto de Satanás". "Ángel", explicaba el Papa, quiere decir "enviado", y recordó que "en todo el Antiguo Testamento encontramos estas figuras que en el nombre de Dios ayudan y guían a los hombres. Basta recordar el Libro de Tobías, en el que aparece la figura del ángel Rafael, que ayuda al protagonista en tantas vicisitudes. La presencia reafirmante del ángel del Señor acompaña al pueblo de Israel en todas sus circunstancias buenas y malas. En el umbral del Nuevo Testamento, Gabriel fue enviado a anunciar a Zacarías y a María los alegres acontecimientos que están al comienzo de nuestra salvación; y un ángel, del cual no se dice el nombre, advierte a José, orientándolo en aquel momento de inseguridad. Un coro de ángeles trajo a los pastores la buena noticia del nacimiento del Salvador; como también fueron los ángeles quienes anunciaron a las mujeres la noticia gozosa de su resurrección. Al final de los tiempos, los ángeles acompañarán a Jesús en su venida en la gloria (Mt 25,31). Los ángeles sirven a Jesús, que es ciertamente superior a ellos".

Lunes del ángel

Es de sumo valor la apreciación que el Papa hacía en esta misma alocución al advertir que "quitaríamos una parte notable del Evangelio si dejáramos aparte a estos seres enviados por Dios, que anunciaron su presencia entre nosotros y que son un signo de ella". Y por eso exhortaba: "Invoquémosles a menudo para que nos sostengan en el empeño de seguir a Jesús hasta identificarlos con Él".

Por otra parte, con motivo del llamado "lunes del ángel" (siguiente al domingo de Resurrección), a inicios de abril de 2010, Benedicto XVI profundizó en la figura del ángel y citó los textos de los evangelistas que describen al ángel vestido de blanco que anunció la Resurrección de Jesús a las mujeres que acudieron a su sepulcro. El Pontífice indicó que, según Tertuliano, Jesucristo, el Hijo de Dios, fue llamado "el Ángel de Dios Padre", es decir, su anunciador. Y como Jesús fue el anunciador del amor de Dios Padre, "también nosotros debemos serlo de la caridad de Cristo: somos mensajeros de su resurrección, de su victoria sobre el mal y la muerte, portadores de su amor divino". "Somos por naturaleza hombres y mujeres, pero recibimos la misión de ángeles, mensajeros de Cristo, que nos viene dado por el bautismo y la confirmación"; de manera especial, "a través del sacramento del Orden la reciben los sacerdotes, ministros de Cristo".

Como seres espirituales que son, los ángeles tienen entendimiento (según hemos venido viendo en artículos anteriores) y voluntad: disponen ciertamente de la facultad apetitiva intelectual.

Contemplando al Verbo, conocen por su inteligencia la razón universal del bien en el mismo Dios, que es el Bien supremo, y en consecuencia apetecen y desean el bien.

Como enseña Santo Tomás de Aquino, hay tres modos de tender al bien por parte de las criaturas. En primer lugar, está el apetito natural, característico de las plantas y de los cuerpos inanimados: están inclinados al bien por su propia manera de ser natural, sin conocimiento. En segundo lugar, están los seres que se sienten inclinados al bien por el apetito sensitivo, con un cierto grado de conocimiento procedente de los sentidos que les permiten conocer algún bien particular. Y por último, en los ángeles se da por la voluntad: se inclinan al bien con un conocimiento por el que conocen la misma razón del bien, que se halla en Dios mismo (*Suma Teológica* I, q. 59, a. 1 in c).

La voluntad angélica está dotada de libre albedrío, como es lógico en una naturaleza espiritual. Pero en los ángeles, este libre albedrío es más excelente que en los hombres, porque también lo es su entendimiento.

El libre albedrío en los ángeles

El libre albedrío fue un tema muy tratado desde la Antigüedad cristiana y lo abordaron muchos Padres de la Iglesia frente a algunas herejías. San Agustín lo defendió contra el fatalismo pagano y el maniqueísmo y a la vez le supo dar el justo valor frente al pelagianismo. Más tarde, en el siglo XIII, Santo Tomás hubo de exponer de nuevo la doctrina al respecto ante la acometida de herejías que retomaban viejos argumentos, como los cátaros.

Precisamente, el "Doctor Angélico" advierte que el ángel goza de voluntad y de amor electivo. Dice que el libre albedrío se posee para elegir el fin y afirma ser mayor en el ángel que en el hombre, dado que aquél no puede pecar ya (después de la caída de los demonios), mientras que éste sí puede pecar (*Suma Teológica* I, q. 62, a. 8 ad 3). Por eso, la doctrina tomista sostiene con razón que la voluntad del ángel es naturalmente inmutable en sus elecciones, realizadas con pleno conocimiento y deliberación: una vez que ha hecho una elección, ya no puede arrepentirse o volverse atrás. De ahí, por tanto, que los ángeles buenos permanecen fieles después de la caída de los demonios, a la par que la elección de éstos fue definitiva. Y ello se debe a que el ángel no elige de forma discursiva o razonada, sino percibiendo de forma mucho más perfecta el bien y por eso lo elige o lo rechaza de modo fijo e inmutable.

El amor en los ángeles

El ángel, al igual que el hombre, se ama a sí mismo con amor natural y electivo, ya que desea para sí su bien y su perfección y lo apetece de forma libre, lo elige libremente. Además, el ángel ama con amor natural a todos los demás ángeles en cuanto convienen en la misma naturaleza angélica, pero en lo que difieren entre sí (en lo que son diferentes entre sí) los ama con amor electivo, libre. En fin, el ángel ama a Dios necesariamente con amor natural más que a sí mismo, pues reconoce en Dios el Bien universal; no ama a Dios naturalmente por su propio bien, sino por Dios mismo, que es el Bien supremo, y lo ama con amor de caridad. Es también Santo Tomás, el "Doctor Angélico", quien ha profundizado en muchas de estas cuestiones (*Suma Teológica* I, q. 60), uniendo un razonamiento perfectamente lógico y ordenado con una penetración que sólo puede provenir de un alma contemplativa como era la suya.

La doctrina sobre las jerarquías y los coros angélicos no es dogma de fe ni ha sido enseñada formalmente por la Iglesia.

Sin embargo, encuentra su fundamento en la Sagrada Escritura y en la Tradición de la Iglesia y ha sido aceptada de forma general por los teólogos. En buena medida fue el Pseudo-Dionisio Areopagita, un anónimo monje del monasterio del Monte Sinaí en el siglo V-VI (hacia 450-520), quien primero sistematizó esta cuestión en su tratado *De caelesti hierarchia* (*Sobre la jerarquía celeste*).

Los nombres de los coros angélicos en la Biblia

Los ángeles aparecen mencionados abundantes veces en la Biblia, como ya vimos en su momento. Se les cita de forma general dando este nombre a todas las criaturas espirituales sin distinción, pero en ocasiones también se da un nombre concreto y distinto a algunas de ellas. Por ejemplo, ya en los primeros capítulos del Génesis hay una referencia a los querubines, a los que Dios puso como guardianes del Paraíso después del pecado original (Gen 3,24). En el salmo 79/80 se dice que Dios se asienta sobre ellos (Ps 79/80,2): es decir, forman parte del trono de Dios. El profeta Isaías habla de los serafines que rodean el trono de Dios y alaban el nombre del que es tres veces Santo (Is 6,2-3). San Pablo, por su parte, proporciona la denominación de varios de los coros: "en Él (en Cristo) fueron creadas todas las cosas del cielo y de la tierra, tanto las visibles como las invisibles, los tronos, las dominaciones, los principados, las potestades; todo fue creado por Él y para Él" (Col 1,16). También en la Carta a los Efesios, donde señala que Jesucristo resucitado ha sido puesto "por encima de todo principado, potestad, virtud y dominación" (Ef 1,21). Y el apóstol San Pedro indica que se sometieron a Jesucristo "los ángeles, las potestades y las virtudes" (1Pe 3,22).

Por lo que atañe a los arcángeles, el propio San Rafael revela su nombre en el libro de Tobías o Tobit y dice que en total son siete: "Yo soy Rafael, uno de los siete ángeles santos que asistimos delante del Señor y presentan las oraciones de los santos y entran en la presencia de la gloria del Santo" (Tob 12,15). En la Carta de Judas (San Judas Tadeo) se emplea expresamente la designación "arcángel": "Cuando el arcángel Miguel contendía con el diablo..." (Iud 9). También San Pablo usa este término en una ocasión (1Tes 4,16). En otros textos, al referirse a los arcángeles San Miguel (Dan 12,1; Ap 12,7-9) y San Gabriel (Dan 9,21; Lc 1,26-38), no se utiliza el nombre "arcángel", sino "ángel", "príncipe", "varón"... Los arcángeles, incluso con sus siete nombres, aparecen también en textos apócrifos del Antiguo Testamento.

La enumeración de los coros angélicos

A partir sobre todo de estas citas bíblicas, la Tradición cristiana ha hablado de la existencia de nueve coros angélicos, siendo más difícil especificar la función de cada uno, aunque tampoco faltan propuestas de explicación. Los nueve coros son los siguientes: serafines, querubines, tronos, virtudes, dominaciones, potestades, principados, arcángeles y ángeles.

Fue propiamente el Pseudo-Dionisio Areopagita el creador y sistematizador de la teoría sobre las jerarquías angélicas. Para él, "la jerarquía es un orden sagrado, un saber y actuar asemejado lo más posible a lo divino y que tiende a imitar a Dios en proporción a las luces que recibe de Él" (*La Jerarquía Celeste*, cap. III, 1). Siguiendo supuestamente a San Pablo, distinguió tres jerarquías angélicas, cada una de ellas compuesta por tres coros, según el orden que de éstos hemos enumerado en el párrafo anterior.

Primera jerarquía

Como se indicó en el artículo anterior, las funciones de cada coro angélico no están perfectamente claras siempre, pero, a partir de los datos bíblicos, algunos autores antiguos propusieron sus atribuciones.

Según el Pseudo-Dionisio Areopagita, en cada jerarquía, los ángeles de los coros superiores están más próximos a Dios e instruyen y guían a los menos cercanos hasta su presencia, su iluminación y la unión con Él (*La Jerarquía Celeste*, cap. IV, 3); pero esto no deja de ser algo opinable. Este autor considera que toda jerarquía tiene como fin ocuparse en la imitación de Dios configurándose con Él (*La Jerarquía Celeste*, cap. VII, 1).

Dice también que la primera jerarquía (serafines, querubines y tronos) está compuesta por seres totalmente puros y en constante amor de Dios, teniendo como propiedad el ser semejantes a Dios, "contemplativos" en cuanto se encuentran llenos de una luz que supera todo conocimiento inmaterial y están invadidos por la contemplación de Dios. La primera jerarquía es así "la que ocupa el 'círculo de Dios' (Is 6,2; Ap 4,4; 5,11) [...], digna de un alto grado de comunión y cooperación con Dios", lo cual le permite poseer un conocimiento extraordinario de muchos misterios divinos. Transmite su conocimiento de Dios a sus inmediatos inferiores para que conozcan y honren a la Deidad misma (es en el capítulo VII donde se ocupa de esta jerarquía).

El profeta Isaías tuvo una visión de Dios sentado sobre un trono elevado y excelso y pudo contemplar cómo los **serafines** estaban por encima de Él alabando el nombre del que es tres veces Santo, es decir, de la Santísima Trinidad: "Santo, Santo, Santo es Yahveh Sabaoth (Dios de los ejércitos = de los ángeles), llena está toda la tierra de su gloria" (Is 6,1-3). En esta visión, dice que cada uno tenía seis alas: "con dos de ellas se cubría el rostro, con dos los pies y con dos volaba". San Gregorio Magno dice que los serafines son "los ejércitos de ángeles que, por su particular aproximación a su Creador, arden en un amor incomparable; porque serafines se llaman los ardientes e inflamados" y arden así de amor de Dios por estar tan cercanos a Él. "Ciertamente su amor es llama, pues cuanto más sutilmente ven la claridad de Dios, tanto más se inflaman en su amor" (*Homilías sobre los Evangelios*, 34, 10). También San Bernardo de Claraval dice que son "espíritus abrasados por el fuego divino, que incendian toda la creación" por el amor de Dios (*Sobre la consideración*, libro V, IV, 8).

En cuanto a los **querubines**, el salmo 79/80,2 afirma que Dios se sienta sobre ellos. San Gregorio Magno señala que son llamados "plenitud de ciencia" porque contemplan de cerca la claridad de Dios (*Homilías sobre los Evangelios*, 34, 10). De ellos dice San Bernardo: "beben de la misma boca del Altísimo y distribuyen corrientes de ciencia a todos sus conciudadanos" (*Sobre la consideración*, libro V, IV, 8).

Por lo que respecta a los **tronos**, es más difícil saber con precisión su función, si bien el nombre se les da en origen, según parece, porque también conforman el trono de Dios. Al menos, algunos autores de la Tradición así lo han entendido. Por ejemplo, el mismo San Gregorio Magno se fundamenta para ello en el salmo 9,5 en que se lee: "Defendiste mi causa y mi derecho, sentado en tu trono como juez justo". De ahí que el primer papa-monje sostenga: "se llaman 'tronos' aquellos ejércitos de ángeles en los cuales Dios omnipotente preside el cumplimiento de sus decretos; porque en nuestra lengua llamamos tronos a los asientos, se han llamado tronos de Dios a los que tan llenos están de la gracia divina, que en ellos se asienta Dios y por ellos decreta sus disposiciones" (*Homilías sobre los Evangelios*, 34, 10). Por su parte, San Bernardo comenta que "se llaman tronos, precisamente porque están sentados, para que sobre ellos se siente el mismo Dios", advirtiendo que esta posición de sentados "equivale a gozar de una tranquilidad suma, de una serenidad placidísima, de una paz que supera toda experiencia" (*Sobre la consideración*, libro V, IV, 8).

Según la clasificación del Pseudo-Dionisio, aceptada por los teólogos y la Tradición de la Iglesia de forma bastante común (aunque no total), la segunda jerarquía angélica está formada por tres coros: **dominaciones, virtudes y potestades**.

Este autor expone que “el orden medio de los espíritus celestes (es decir, la segunda jerarquía) logra la purificación, la iluminación y perfección [...] gracias a las iluminaciones divinas que se le han concedido en segundo lugar por mediación del primer orden jerárquico y, a su vez, este orden medio lo comunica según esta iluminación segunda” (*La Jerarquía Celeste*, cap. VIII, 1); lo comunica, aclaramos, a la tercera jerarquía.

Las menciones a los tres coros del segundo orden angélico aparecen más propiamente en textos del Nuevo Testamento que poco nos explican en detalle sus misiones o funciones: Col 1,16; Ef 1,21; 1Pe 3,22.

Presidir es estar al frente

San Gregorio Magno, que cambia algo el orden de los coros ofrecido por el Pseudo-Dionisio y no habla de jerarquías, dice que se llama “virtudes” a los espíritus por medio de los cuales se obran más frecuentemente los prodigios y milagros”. Por su parte, las “potestades” son los que, “de entre los de su orden, han recibido mayor poder para tener sometidos a su potestad los poderes adversos, a los cuales reprimen para que no tientes cuanto pueden a las almas de los hombres”. Y “dominaciones” son “los que todavía superan en poder a los principados, porque presidir es estar al frente, pero dominar es tener sujetos a los demás. De manera que los ejércitos de los ángeles que sobresalen por su extraordinario poder, en cuanto tienen sujetos a su obediencia a los demás, se llaman dominaciones” (*Homilías sobre los Evangelios*, 34, 10).

El Pseudo-Dionisio, en su típico misticismo, sostiene que las dominaciones son espíritus libres de toda opresión y que, sin temor servil, permanecen solícitos ante Dios, hallándose continuamente a su servicio y dominando a los espíritus angélicos inferiores. Las virtudes, dotadas de una invencible virilidad que manifiestan en todos sus actos deiformes, impiden cualquier disminución de la luz divina infusa y prestan a los ángeles inferiores la fortaleza que necesitan. En fin, las potestades, incapaces de abusar tiránicamente de su poder y siempre invenciblemente dirigidos hacia las cosas de Dios, prestan a los demás ángeles un concurso bienhechor (*La Jerarquía Celeste*, cap. VIII).

Providencia y custodia de los ángeles

El Doctor Melifluo, San Bernardo de Claraval, gran impulsor del monacato cisterciense, no sigue exactamente el orden de los coros angélicos del Pseudo-Dionisio, pero vamos a recoger lo que dice con relación a los que éste engloba en la segunda jerarquía. Con relación a las dominaciones, indica que sobresalen por encima de otros órdenes angélicos siéndoles los demás como subordinados, “pues de ellos depende el gobierno de los principados, la protección de las potestades, los portentos de las virtudes, las revelaciones de los arcángeles, la providencia y custodia de los ángeles”. En cuanto a las virtudes, “son los que ordenan ejecutar los signos y prodigios que para aviso de los mortales aparecen en los elementos o por los elementos de la naturaleza”, fundamentándose para ello en Lc 21,25-26, según la traducción de la *Vulgata*: “aparecerán portentos en el sol, la luna y las estrellas, porque las virtudes de los cielos se pondrán en movimiento” (*virtutes caelorum movebuntur*; en otras traducciones se vierte por “los ejércitos de los cielos” o “las potencias del cielo”). En fin, de las potestades dice que “por su fuerza queda subyugado el poder de las tinieblas, reprimiendo su malicia” (*Sobre la consideración*, libro V, IV, 8).

En el orden propuesto por el Pseudo-Dionisio Areopagita, la tercera jerarquía angélica está formada por los coros de **principados, arcángeles y ángeles**.

Según él, "hace las revelaciones y preside, comunicándose entre sí (entre los tres órdenes angélicos), las jerarquías humanas" para elevar a los hombres hacia Dios (*La Jerarquía Celeste*, cap. IX, 2). Los principados, de acuerdo con este autor, dirigen las obras ministeriales que han de ejecutarse por orden de Dios. Los arcángeles son los encargados de anunciar a los hombres las cosas más importantes y trascendentales, y los ángeles anuncian las de menor importancia.

San Gregorio Magno, que no sigue exactamente el mismo orden propuesto por el Pseudo-Dionisio, considera que los principados son los que presiden a los otros espíritus buenos de los ángeles y rigen también el cumplimiento de las disposiciones divinas. Los ángeles son "nuncios" y los arcángeles "nuncios supremos", conforme a la lengua griega, ya que los primeros anuncian las cosas de menor importancia, mientras que los segundos lo hacen con las de mayor relieve: "de ahí que a María se le manda no un ángel cualquiera, sino el arcángel San Gabriel; pues justo era que para este ministerio viniese un ángel de los más encumbrados, puesto que anunciaba la mejor de todas las nuevas" (*Homilías sobre los Evangelios*, 34, 8 y 10).

Para San Bernardo, "podemos pensar que los ángeles, por datos de fe, son los espíritus asignados a cada uno de los hombres y enviados para ejercer su ministerio con los herederos de la gloria" (ya hablaremos de los ángeles custodios o de la guarda), y "de ellos dijo el Salvador: 'Sus ángeles están viendo siempre en el cielo el rostro de mi padre celestial' (Lc 1,26). Podemos pensar que les preceden los arcángeles, quienes, iniciados en los misterios divinos, son enviados con misiones de extraordinaria importancia". Por su parte, a los principados corresponde por su dirección y sabiduría establecer, regir, limitar, transferir, alterar y cambiar todo poder superior de la tierra (*Sobre la consideración*, libro V, IV, 8).

Conclusiones sobre los coros angélicos

Como dijimos al empezar a hablar de las jerarquías y los coros angélicos, esta doctrina (sobre todo en lo tocante a las tres jerarquías) no es dogma de fe ni ha sido enseñada formalmente por la Iglesia, pero halla su fundamento en la Sagrada Escritura y en la Tradición de la Iglesia y ha sido aceptada de forma general por los teólogos. Tampoco es igual la enumeración realizada por unos autores u otros, aunque hay coincidencias en casi todos los órdenes. Aquí hemos seguido la del Pseudo-Dionisio, que fue su principal sistematizador, y de mayor a menor es así: serafines, querubines y tronos (primera jerarquía), dominaciones, virtudes y potestades (segunda), y principados, arcángeles y ángeles (tercera). San Gregorio Magno y San Bernardo no hablan de jerarquías y van ascendiendo en los coros de menor a mayor de la siguiente manera: ángeles, arcángeles, virtudes, potestades, principados, dominaciones, tronos, querubines y serafines.

Para el Pseudo-Dionisio, las tres jerarquías están unidas las unas a las otras por un punto de contacto entre el último coro de cada una y el primero de la siguiente, y, dentro de cada una, el coro intermedio sirve de enlace entre el primero y el tercero. De esta manera, hay como una cadena. Como ya se dijo, los más próximos a Dios instruyen a los menos cercanos y los guían hasta su presencia, su iluminación y la unión con Él (*La Jerarquía Celeste*, cap. IV, 3). Cada coro posee las perfecciones propias y las de los coros inferiores, y éstos procuran imitar a los superiores en cuanto pueden. El primer coro de la primera jerarquía (los serafines) está en contacto inmediato con Dios y el último de la tercera (los ángeles) lo está con el hombre.

En otro punto hablaremos de la meditación sobre los coros para la vida espiritual, algo sobre lo cual San Bernardo extrajo algunas enseñanzas de gran valor y las propuso al papa Eugenio III.

Los arcángeles merecen una mención singular y que se les dedique una atención especial, sobre todo a los tres más conocidos.

En el libro de Tobías o Tobit, San Rafael dice que los arcángeles en total son siete: "Yo soy Rafael, uno de los siete ángeles santos que asistimos delante del Señor y presentan las oraciones de los santos y entran en la presencia de la gloria del Santo" (Tob 12,15). Al parecer, son propiamente "los siete ojos del Señor que recorren toda la tierra", según el texto de Zacarías (Zac 4,10). No obstante, algún comentarista ha señalado que no consta necesariamente que el número siete deba entenderse necesariamente de manera matemática, ya que en la Biblia contiene un valor simbólico muy notable, referido a la perfección de Dios. Sin embargo, la Tradición cristiana comúnmente ha tomado el número de forma literal y, conforme a los textos canónicos y a ciertos relatos apócrifos del Antiguo Testamento, ha dado nombre a cada uno de los siete: Miguel, Rafael, Gabriel, Uriel, Baraquiel, Yehudiel y Zeadquiel. En el primer libro de Enoc o Henoc, apócrifo, se les llama Uriel, Rafael, Ragüel, Miguel, Saraqael, Gabriel y Remeiel (1Hen 20; en 1 Hen 40,9 se denomina Fanuel a Uriel, pero todas las demás veces que éste aparece, y son abundantes y destacadas, se le llama Uriel). Hay quien los ha puesto en relación con las siete divinidades astrales de los babilonios y ha querido ver en ellos los siete espíritus o ángeles (*Amesha-Espentas*) del *Avesta* persa (el libro sagrado del zoroastrismo – mazdeísmo), pero tal afirmación no parece de mucho fundamento: en realidad éstos son seis, ya que el número siete se obtiene contando a "su padre" Ahura-Mazda (el principio o dios del bien), y además son más abstractos que concretos y personales, a diferencia de lo que se observa en la Biblia.

San Miguel, San Rafael y San Gabriel aparecen en textos canónicos de uno y de otro Testamento, mientras de los otros cuatro arcángeles sólo se habla en textos apócrifos, pero que la Tradición judía o parte de ella y quizá más aún la cristiana han tenido presentes en ocasiones para varias cuestiones de angelología. Según 1Hen 40, los tres primeros y San Uriel o Fanuel permanecen a los cuatro lados de Dios alabándole.

Parece interesante recoger el mencionado y breve texto apócrifo de 1Hen 20 (consta de siete versículos), donde se da el nombre de los siete arcángeles y sus funciones: "Éstos son los nombres de los santos ángeles que vigilan: Uriel, uno de los santos ángeles, que es el ángel del trueno y del temblor; Rafael, uno de los santos ángeles, el encargado de los espíritus de los hombres; Ragüel, uno de los santos ángeles, el que castiga al universo y a las luminarias; Miguel, uno de los santos ángeles, encargado de la mejor parte de los hombres y de la nación; Saraqael, uno de los santos ángeles, encargado de los espíritus del género humano que hacen pecar a los espíritus; Gabriel, uno de los santos ángeles, encargado del paraíso, las serpientes y los querubines". Remeiel aparece en un duplicado del texto apócrifo citado, en un octavo versículo, y se dice de él que está sobre los que resucitan.

Estos nombres tienen el siguiente significado: Uriel es "luz de Dios"; Rafael" quiere decir "Dios cura" o "medicina de Dios", y de hecho en el judaísmo posterior se convirtió en el patrono de los médicos; Ragüel, "deseo de Dios"; Miguel significa "quién como Dios"; Saraqael es probablemente la corrupción interna del nombre Sarel o Sariel; y Gabriel es "varón de Dios" o "fortaleza de Dios".

Los santos arcángeles Miguel, Gabriel y Rafael se celebran actualmente el 29 de octubre, fecha tradicional de la fiesta del primero, pues los otros dos las tenían respectivamente el 24 de marzo (víspera de la Anunciación a Nuestra Señora que él protagonizó) y el 24 de octubre.

San Miguel es el triunfador de los ejércitos celestiales fieles a Dios frente a Luzbel, Lucifer o Satanás, el príncipe de los ángeles rebeldes o demonios.

Su nombre significa "¿Quién como Dios?" Aparece en varios pasajes del Antiguo y del Nuevo Testamento, siempre en este papel de lucha contra Satanás. Por eso en el arte se le suele representar con una espada y con bastante frecuencia domina bajo sus pies al Diablo.

En el Apocalipsis (Ap 12,7-9) se describe la batalla: "Y hubo un combate en el cielo: Miguel y sus ángeles combatieron contra el dragón, y el dragón combatió, él y sus ángeles. Y no prevaleció y no quedó para ellos lugar en el cielo. Y fue precipitado el gran dragón, la antigua serpiente (cf. Gén 3,1-5.13-15), llamado Diablo y Satanás, el que engaña al mundo entero; fue precipitado y sus ángeles fueron precipitados con él". Éste es fundamentalmente el relato de la batalla inicial, ocurrida tras la rebelión de Luzbel contra Dios, aunque en cierto modo sigue teniendo lugar en la lucha entre las fuerzas del bien y las del mal y es asimismo anticipo de la que se producirá al final de los tiempos cuando el Anticristo desate todo su poder y sus fuerzas. La Tradición cristiana ha entendido con frecuencia que la referencia a la batalla celestial al principio de los tiempos se halla implícita en la alusión del Génesis a la separación de la luz y las tinieblas por Dios en el primer día de la Creación (Gén 1,3-4).

En otro texto del Nuevo Testamento, la carta de Judas, 9, se hace referencia a la lucha habida entre San Miguel y el Diablo por adueñarse del cuerpo de Moisés tras su muerte. No aparece en ningún otro libro del canon, ni protocanónico ni deuterocanónico, aunque sí en un apócrifo veterotestamentario. Da la impresión de que el origen de este combate se halla en que Satanás querría conseguir el cuerpo de Moisés para presentarlo al pueblo y que éste lo adorase, apartándolo del culto debido únicamente a Dios, por lo cual San Miguel se habría empeñado en mantener escondidos los restos del patriarca (en Dt 34,6 se dice que ningún hombre ha conocido el lugar de su sepultura "hasta el día de hoy", si bien se halla en el valle de Moab).

Por otra parte, San Miguel es presentado en el libro de Daniel como "uno de los príncipes supremos", ángel protector de Israel (Dan 10,13.21): "Por aquel tiempo se levantará Miguel, el gran príncipe que se ocupa de los hijos de tu pueblo" (Dan 12,1). Algunos exégetas consideran que, de la misma manera, protege ahora a la Iglesia. Por eso se levantaron pronto basílicas en su honor en Bizancio (siglo IV) y Roma (siglo VI). En el año 491 se apareció en el monte Gargano (Italia), lugar que se convirtió en seguida en un centro de peregrinación; ello dio origen a una fiesta el 8 de mayo, mientras que en Oriente se le celebra asimismo el 6 de septiembre por otra aparición en Asia Menor en el siglo I. Hay que añadir más apariciones importantes en Roma, Francia y España (monte Aralar, en el Pirineo navarro), en los siglos VII y VIII.

El papa León XIII, después de una visión en la que contempló cómo el Diablo quedaba desatado, ordenó que todos los sacerdotes recitaran al final de la Santa Misa una oración a San Miguel para que protegiera a la Iglesia frente a las furias de aquél: "Arcángel San Miguel, defiéndenos en la batalla. Sé nuestro amparo contra la perversidad y asechanzas del demonio. ¡Reprímalo, Dios!, te pedimos suplicantes. Y tú, príncipe de la milicia celestial, lanza al infierno con el divino poder a Satanás y a los otros malignos espíritus que andan dispersos por el mundo para la perdición de las almas. Por Jesucristo, Nuestro Señor. Amén". Lamentablemente, la obligatoriedad de esta oración fue suprimida en la reforma de la Misa posterior al Concilio Vaticano II y es difícil encontrar sacerdotes que hoy la recen en ése o en otro momento. Quizá haya que poner en relación este hecho con la tremenda crisis sufrida por la Iglesia Católica en el Posconcilio y hasta nuestros días, que llevó a Pablo VI a exclamar: "Por alguna rendija ha penetrado el humo de Satanás en la Iglesia". Tal impresión del Papa vino a coincidir en el tiempo con el abandono de esta oración. Por eso sería deseable que los sacerdotes la volvieran a recitar y que todos los fieles, aunque sea como devoción privada, la recen con frecuencia, por ejemplo al final del Santo Rosario en el padrenuestro que se ofrece por el Papa.



El arcángel San Rafael

Mayo 2012

San Rafael es el gran protagonista del libro de Tobías o Tobit. Compañero de viaje de Tobías, hijo de Tobit (hombre justo y fiel a la religión judía), se hace pasar por Azarías, un joven que se dice conocedor de los caminos que va emprender hasta Ragües o Rages, en la antigua región de Media. En el recorrido, Azarías aconseja a Tobías sacar de las aguas del río Tigris un gran pez que había atacado al muchacho; también siguiendo sus consejos, Tobías le extrae la hiel, el corazón y el hígado para servir de medicina, y comen y guardan el resto como alimento. Al llegar a Ecbatana, a la casa de Ragüel, pariente de Tobit, Azarías insta a Tobías a pedir por esposa a Sara, una mujer muy hermosa pero afligida por la desgracia causada por el demonio Asmodeo, quien había ido dando muerte uno tras otro a sus siete maridos en la noche de bodas antes de consumar el matrimonio. Ahora, Azarías aconseja de nuevo a Tobías: debe quemar el corazón y el hígado del pez en la habitación; así, el demonio Asmodeo huye con el humo y Sara vence la maldición que le ocasionaba. Habiendo recuperado el dinero prestado que necesitaba Tobit, los jóvenes esposos regresan con Azarías.

La curación de Tobit

En Nínive, una vez más según las recomendaciones del guía, el hijo unge con la hiel del pez los ojos de su padre, que había quedado ciego por el excremento de unos pájaros (según la versión de la Vulgata, unas golondrinas), y así Tobit recupera la vista. Entonces, cumplida tan eficazmente su misión, Azarías exhorta a los personajes a bendecir a Dios y manifiesta su realidad: "Yo soy Rafael, uno de los siete ángeles santos que asistimos delante del Señor y presentan las oraciones de los santos y entran en la presencia de la gloria del Santo" (Tob 12,15). Advierte que Dios le envió para cumplir toda esta tarea, curar a Tobit y librar a Sara del demonio Asmodeo. Los personajes se asustan, pero San Rafael les indica que no teman y les desea la paz y que bendigan a Dios eternamente. Su nombre en hebreo significa "Dios cura" o "medicina de Dios"; de hecho, en el judaísmo posterior sería el patrón de los médicos.

Es muy interesante lo que les dice el arcángel, según una de las versiones del texto, pues no todas recogen sus palabras de forma completa y, debido a las dificultades que plantea la crítica, con frecuencia se desecha lamentablemente en las traducciones más usuales hoy: "Cada día andaba yo a vista de vosotros; y no comía ni bebía, sino que era visión lo que veáis. Yo me sustento de un manjar invisible y de una bebida que los hombres no pueden ver. Y ahora bendecid al Señor de la tierra y confesad a Dios, pues subo al que me envió. Y escribid en un libro todas las maravillas que os han acontecido" (Tob 12,19-20). Tomamos el texto de la versión de Francisco Cantera en la edición Bover – Cantera, ya que se trata de un gran hebraísta y conocedor de la Biblia, posiblemente el mejor en España a mediados del siglo XX y en su segunda mitad; conste el desinterés en esta afirmación, ya que no guardo parentesco con él. Tristemente, los deseos "desmitificadores" o "demitificadores" se han cebado con el libro de Tobías o Tobit, entre otros más de la Sagrada Escritura, y esto afecta también a muchas versiones hoy al uso en ámbitos católicos.

El manjar y la bebida invisibles son casi seguro la visión de Dios de que gozan los ángeles. Por otro lado, se observa que el cuerpo del que se pueden valer los ángeles en sus apariciones a los hombres no es un cuerpo real como el asumido por Nuestro Señor Jesucristo en la Encarnación, sino un cuerpo aparente, ya que el ángel no asume la naturaleza humana como sí lo ha hecho el Hijo de Dios.

Según el apócrifo libro I de Henoc o Enoc, San Rafael es el encargado de los espíritus de los hombres, así como de sus heridas y enfermedades (1Hen 20,3; 40,9).

No hay duda de que el arcángel San Gabriel ha sido especialmente dichoso al ser designado por Dios para transmitir a María Santísima el gran anuncio de la Salvación, "la mejor de todas las nuevas" (= noticias), como dice San Gregorio Magno (*Homilías sobre los Evangelios*, 34, 8). También San Bernardo resalta el alto grado de este ángel, pues para una misión de tan gran trascendencia no podía ser enviado uno de rango inferior, y su nombre, "fortaleza de Dios", no desentona ciertamente con su embajada (*En alabanza de la Virgen Madre*, homilía I, 2).

De él ya se habla en el Antiguo Testamento, concretamente en los capítulos 8 y 9 del libro de Daniel, en los que el arcángel explica al profeta algunas visiones recibidas de Dios (la del carnero derrotado por el macho cabrío y la de las "setenta semanas"). En Dan 9,21 se le presenta como "el varón / el hombre" al que había visto anteriormente en la visión, lo cual parece reflejar la etimología del nombre: "varón / hombre de Dios", en el sentido también de "fortaleza de Dios" por la vinculación de la virilidad y la fuerza. Ahí mismo se dice que llegó hasta el profeta volando con rapidez, por lo que algunos autores han pensado que aquí se puede hallar el origen de representar a los ángeles con alas; en cualquier caso, refleja la realidad espiritual de éstos.

Pero, por supuesto, el protagonismo de San Gabriel crece al máximo en el primer capítulo del Evangelio de San Lucas al convertirse en el mensajero de la buena nueva de la Encarnación y previamente en el anunciador de la concepción y nacimiento futuro del Precursor del Salvador, San Juan Bautista. En efecto, se aparece al sacerdote Zacarías, casado con Isabel, y le dice: "Yo soy Gabriel, que asisto en la presencia de Dios, y he sido enviado a hablarte y darte estas buenas nuevas" (Lc 1,19). En tan breves palabras, se recogen dos verdades de gran importancia con respecto a los ángeles, más especialmente a los arcángeles y en concreto a San Gabriel: se hallan en presencia de Dios y a su servicio, gozando de su visión y compañía eternamente, y son enviados como mensajeros, lo cual les da nombre ("ángeles / arcángeles" = mensajeros).

De gran belleza será siempre el relato de la Anunciación: "En el mes sexto, el ángel Gabriel fue enviado por Dios a una ciudad de Galilea llamada Nazaret, a una virgen desposada con un hombre llamado José, de la familia de David; el nombre de la virgen era María" (Lc 1,26-27; todo el relato, versículos 26-38). San Gabriel entabla un precioso diálogo con María en el que expresa una delicadeza y una veneración maravillosas hacia Ella y, una vez cumplido el encargo, se retira humildemente.

El arcángel San Uriel

En algunos momentos de la Edad Media cristiana, la devoción a San Uriel alcanzó una relativa importancia, como de algún modo lo refleja ya San Isidoro en el siglo VII cuando en las *Etimologías* (lib. VII, 5, 15) dice que su nombre se traduce como "fuego de Dios" y lo pone en relación con la zarza ardiente e incombustible que vio Moisés y con el fuego enviado desde lo alto. San Uriel no aparece en los libros canónicos, sino en la literatura apócrifa judía del Antiguo Testamento, concretamente en el libro I de Enoc o Henoc (1Hen 9,1; 20,2; y otras más; se le llama Fanuel en 40,9; 54,6; y 71,8-9.13; en el denominado "libro de las luminarias", que es una parte de 1Hen, se le vuelve a llamar Uriel) y en el cuarto de Esdras, que es un diálogo entre Esdras y Uriel. Según estos relatos, es el arcángel del trueno y del temblor, que presenta ante Yahveh las almas de los justos, pues preside el *seol* o mundo de los muertos y además responde a las preguntas de los hombres; es el encargado de la penitencia para esperanza de los que heredarán la vida eterna y, junto con Miguel, Gabriel y Rafael, se encuentra a los cuatro lados de Dios alabándole y al final de los tiempos arrojarán definitivamente a Azazel y los demonios al Infierno; en 1Hen 75,3 se dice también que el Señor le puso sobre todas las luminarias celestes. Quizá en buena parte por todo esto se halla representado en una impresionante escultura de bronce de Juan de Ávalos, de 7 m. de altura, completando el conjunto de los otros tres arcángeles principales (Santos Miguel, Gabriel y Rafael) que rodean el presbiterio de la Basílica de la Santa Cruz del Valle de los Caídos: San Uriel está con las manos en alto en actitud orante, según la costumbre judía, y la cabeza inclinada y cubierta.

El Catecismo Romano publicado por el papa San Pío V a raíz del Sacro Concilio de Trento afirma con claridad:

“Porque la providencia de Dios ha dado a los ángeles la misión de guardar al linaje humano y de socorrer a cada hombre para que no reciban daño alguno grave [...], nuestro celestial Padre, en este viaje que emprendemos para la celeste Patria, a cada uno de nosotros nos da ángeles para que, fortificados por su poder y auxilio, nos libremos de los lazos furtivamente preparados por nuestros enemigos y rechacemos las terribles acometidas que nos hacen [...]” (parte IV, cap. IX, n. 4). Por su parte, el *Catecismo de la Iglesia Católica* promulgado por el Beato Juan Pablo II recoge una cita de San Basilio Magno en la que dice: “Cada fiel tiene a su lado un ángel como protector y pastor para conducirlo a la vida” (n. 336; cf. *Contra Eunomio*, 3, 1).

En efecto, los ángeles (al parecer, más bien los de los coros inferiores) son enviados por Dios en ministerio sobre los hombres. Y es de doctrina completamente cierta según la fe que algunos ángeles son destinados para guarda y custodia de los hombres. De hecho, la Iglesia lo confirma en su Liturgia a través de la memoria de los Ángeles Custodios, actualmente celebrada el 2 de octubre. Según doctrina probabilísima y común entre los doctores, todos los hombres –bautizados o no– tienen su correspondiente ángel de la guarda.

Testimonios bíblicos y San Bernardo

La referencia más explícita a los ángeles custodios en la Sagrada Escritura es tal vez la que hizo Nuestro Señor Jesucristo al referirse a los niños (y también a quienes viven la infancia espiritual): “Cuidado con despreciar a uno de estos pequeños, porque os digo que sus ángeles están viendo siempre en los cielos el rostro de mi Padre celestial” (Mt 18,10). Pero no es la única cita. En el Antiguo Testamento hay muchas que dejan ver con claridad la existencia de los ángeles custodios para personas o para el pueblo de Israel en su conjunto: “He aquí que enviaré mi ángel que vaya delante de ti y te guarde” (Ex 23,20; alguna versión lo expone así: “Voy a enviarte un ángel por delante, para que te cuide en el camino y te lleve al lugar que te he preparado”). Y también: “Mi ángel irá por delante y te llevará a las tierras de los amorreos, hititas...” (Ex 23,23). En algunos Salmos aparecen varias citas muy explícitas: “a sus ángeles ha dado órdenes para que te guarden en tus caminos” (Sal 90/91,11); “el ángel del Señor acampa en torno a quienes lo temen y los protege” (Sal 33/34, 8). O igualmente en textos sapienciales y de otros libros de la Biblia: “si tiene un ángel junto a él, un abogado entre mil, capaz de responder de su honradez, éste pedirá piedad en su favor” (Job 33,23-24).

San Bernardo de Claraval, de quien se ha dicho que “hablaba bíblico” por la soltura con que manejaba los textos de la Sagrada Escritura, tuvo gran devoción a los ángeles custodios. Además de algunas de estas citas, en un Sermón para su fiesta (*Sermón XII sobre el Salmo 90*) aporta otras con gran naturalidad literaria para el tema y, dirigiéndose a Dios, le dice: “para que no haya nadie en el reino de los cielos desocupado en el cuidado de nosotros, Tú has nombrado a los ángeles benditos para cuidarnos (cf. Heb 1,14): Tú les has encargado de nuestra guarda y les has ordenado que obren como guías nuestros. No es bastante que Tú hagas a estos espíritus tus mensajeros (cf. Sal 103,5), sino que Tú tienes que hacerles también mensajeros de tus pequeños [...], tus mensajeros para nosotros y nuestros mensajeros para ti”. El santo abad cisterciense, partiendo sobre todo de la cita del Salmo 90,11-12, se maravilla ante este ministerio angélico, concedido por Dios a favor nuestro; por nuestra parte, no corresponde sino reverencia, gratitud y confianza, y por eso exhorta: “Caminad con circunspección, recordando que los ángeles de Dios os acompañan en todos vuestros caminos, como el Señor les ha ordenado. En todo lugar, público o privado, mostrad respeto por vuestro ángel. ¿No es cierto que no os atreveríais a hacer en su presencia lo que no temeríais hacer en la mía?” Pero nuestra gratitud no la debemos sólo hacia Dios, que nos da los ángeles, sino hacia éstos mismos, “que con tanta caridad obedecen el divino mandato y nos ayudan en un apuro tan grande. [...] Devolvámosles amor por amor. Honrémosles todo lo que podamos”, aunque dirigiendo siempre nuestra reverencia y nuestro amor finalmente hacia Dios.

Santo Tomás de Aquino afirma que a cada uno de los hombres, mientras camina por este mundo, se le da un ángel que le guarde, porque va por un camino lleno de peligros. Pero, cuando haya llegado al término de este camino, ya no tendrá ángel custodio, sino que tendrá en el cielo un ángel que con él reine o en el infierno un demonio que le torture. Por lo tanto, el ángel de la guarda será correinante en el Cielo con el hombre al que ha custodiado en la tierra. Siguiendo también la opinión del Aquinate, a cada hombre custodiado corresponde un ángel distinto, de suerte que ningún ángel se encarga de custodiar a dos o más hombres, pero sí es probable que una persona con especial responsabilidad por su cargo - por ejemplo, el Papa - tenga dos o más ángeles de la guarda (*Suma Teológica*, I, q. 113, a. 2 c et ad 1).

Santo Tomás y la mayoría de los teólogos de recta doctrina consideran que el ángel de la guarda comienza su función en el momento de su nacimiento y se prolonga hasta su destino final. El Doctor Angélico recoge una frase de San Jerónimo: "grande es la dignidad de las almas, cuando cada una de ellas, desde el momento de nacer, tiene un ángel destinado para su custodia" (*Suma Teológica*, I, q. 113, a. 2). Y cree que, mientras el niño está en el seno de su madre, es el ángel de ella el que cuida de los dos, pero esto es del todo opinable; bien podría ser, como él mismo pensó en un primer momento, que cada persona reciba de Dios un ángel custodio en el mismo instante de la infusión del alma en el cuerpo (por lo tanto, en su concepción). El alma que pasa por el Purgatorio antes de llegar al Cielo sigue asistida por su ángel para consolarla y animarla y en el Cielo será correinante con ella.

Beneficios de los ángeles custodios sobre nosotros

En su sermón sobre los ángeles custodios, para la fiesta del 2 de Octubre de 2011, San Bernardo recuerda: "Aunque no somos más que pequeñuelos y aunque hay todavía un largo camino delante de nosotros y un camino cercado de innumerables peligros, ¿por qué vamos a tener miedo bajo la protección de unos guardianes tan poderosos? Los que nos guardan en todos los caminos no pueden ser vencidos por ninguna fuerza hostil y no pueden extraviarse ni extraviarnos. Son fieles, prudentes, invencibles". Ellos nos llevan de la mano como a niños pequeños, sin consentir que seamos tentados por encima de nuestras fuerzas (cf. 1Cor 10,13). "Por consiguiente, siempre que sintáis el agobio de la tentación violenta, siempre que las aguas de la amarga tribulación amenacen ahogaros, invocad a vuestro guardián, llamad a vuestro guía, gritad a vuestro salvador en los momentos de tribulación (cf. Sal 9,10)" (*Sermón XII sobre el Salmo 90*).

Podemos enumerar, con el P. Royo Marín, O.P., algunos de los innumerables beneficios de orden espiritual y corporal que los ángeles de la guarda derraman sobre sus custodiados:

- * Nos libran y nos defienden constantemente de multitud de males y peligros, tanto del alma como del cuerpo.
- * Contienen a los demonios para que no nos hagan todo el daño que quisieran, sino sólo el que Dios permite para mayor bien nuestro.
- * Excitan en nuestras almas pensamientos santos y consejos buenos.
- * Ofrecen a Dios nuestras oraciones e imploran su auxilio sobre nosotros.
- * Iluminan nuestro entendimiento proponiéndole las verdades de modo más fácil a través de la imaginación y de los sentidos internos.
- * Nos asisten de una manera particularísima a la hora de la muerte.
- * Nos consuelan en el Purgatorio y nos acompañan eternamente en el cielo como ángeles correinantes.

Como al resto de los ángeles buenos y a los santos, a los ángeles custodios o de la guarda se les debe culto de "dulía", es decir, de veneración. Y además, en esta vida, como exhorta San Bernardo: "haced de los ángeles de Dios vuestros amigos familiares; frecuentad su sociedad mediante el recuerdo constante y la oración ferviente, pues ellos están siempre junto a vosotros para consolaros y protegeros" (*Sermón XII sobre el Salmo 90*, en la fiesta del 2 de Octubre de 2011).

Los ángeles de los pueblos y naciones Octubre 2012

Por el Antiguo Testamento sabemos que no sólo los hombres individuales cuentan con ángeles custodios encargados de protegerlos, sino también las colectividades humanas, principalmente los pueblos o naciones.

De una forma muy especial, estas referencias se hacen al pueblo de Israel, pero no sólo. Para el caso de Israel ya hemos recogido anteriormente algunas citas del libro del Éxodo que son bien claras: "He aquí que enviaré mi ángel que vaya delante de ti y te guarde" (Ex 23,20; y parecida en Ex 23,23). También dijimos que San Miguel aparece en el libro de Daniel como ángel protector de Israel (Dan 10,13.21; 12,1). Y es precisamente en estos textos de la profecía de Daniel donde además hay unas alusiones muy claras a la existencia de los ángeles guardianes de otros pueblos y naciones: concretamente se habla del "príncipe del reino de Persia" y del "príncipe de Grecia".

Si bien en el texto de Daniel da la impresión de que estos ángeles de Persia y Grecia están enfrentados a Dios y a San Miguel, el Pseudo-Dionisio Areopagita aclara la cuestión: que los pueblos protegidos por ellos se desviasen hacia los falsos dioses no es culpa de tales espíritus protectores, sino de esos mismos pueblos que fueron a la deriva por propia iniciativa, apartándose del camino del Señor. Y partiendo de todo esto, el Pseudo-Dionisio afirma lo siguiente: "Uno es el Principio universal y una la Providencia. Y de ninguna manera debemos pensar que Dios vela tan sólo por el pueblo judío [...], sino que la Providencia del Altísimo, que es la misma y única para todos, se preocupa por la salvación de todos los pueblos y mandó ángeles propios que les dirigiesen en su ascensión [hacia Dios], pero casi solamente Israel entre todos fue el que [antes de Cristo] se convirtió por el don de la luz y confesó al verdadero Señor. [...] La Providencia universal es única [...] y todos los ángeles puestos al frente de cada una de las naciones tienen la misión de conducir hasta la Providencia, como a su propio Principio, en la medida que pueden, a todos los que quieran seguirlos de buen grado" (La Jerarquía Celeste, IX, 4).

En un libro que es una extensa *Novena al Santo Ángel Custodio de España*, elaborado por D. Leopoldo Eijo Garay en 1917 siendo obispo de Tuy (más tarde lo sería de Madrid-Alcalá), este prelado recoge toda una serie de testimonios de Padres de la Iglesia que afirman la existencia de ángeles custodios de las naciones (día 3º de la Novena). Así, cita a Teodoreto de Ciro, quien señala: "Que cada nación tiene su propio ángel custodio lo afirma la Escritura". Y San Basilio Magno: "Unos ángeles están al frente de las naciones, otros acompañan a cada uno de los fieles". Recuerda que lo sostienen asimismo Juan Casiano, San Gregorio Magno, San Isidoro de Sevilla, San Cirilo, San Gregorio Nacianceno, San Gregorio de Nisa, San Juan Crisóstomo, San Jerónimo, San Hilario de Poitiers, San Ambrosio de Milán y San Juan Damasceno, el cual dice: "Mensajeros y ministros de Dios ejecutan su voluntad, se muestran a veces a los hombres, están destinados para guardianes de ciertas regiones de la tierra, de ciertas naciones; se ocupan de nuestros intereses y nos prestan auxilio". Y si ésta es doctrina común en la Patrística, lo es igualmente entre los grandes teólogos católicos. Advierte que esto es conforme a razón: puesto que Dios creó al hombre como ser social, es lógico que concediera también la guarda de las sociedades humanas conformadas en pueblos o naciones a determinados ángeles.

A todos los testimonios de la Biblia y de la Tradición que se han aducido debemos añadir un dato muy importante, revelado precisamente en el mismo año de la edición de esta novena (1917): el ángel que se apareció a los tres pastorcitos en Fátima antes de las apariciones de la Santísima Virgen les dijo ser "el ángel de Portugal".

En fin, para el caso del Ángel Custodio de España, cabe decir que existe representación artística de él (en el escudo protector lleva el escudo de armas de España, con los símbolos de sus reinos históricos) y que la Santa Sede concedió a España, a petición del rey Fernando VII a principios del siglo XIX, celebrar su fiesta con oficio propio el día 1 de octubre, para darle gracias por la asistencia con que nos favorece, por haber puesto fin al cautiverio del monarca bajo los franceses y a tantas calamidades sufridas por España y para impetrar su auxilio y protección en los tiempos venideros.

Si recordamos algunas palabras del Papa Benedicto XVI que recogimos cuando hablamos de sus enseñanzas acerca de los ángeles, deberemos recalcar en el hecho de que ellos han de constituir una parte no poco importante en nuestra vida espiritual.

Así, por ejemplo, el 29 de septiembre de 2008 decía que "la presencia invisible de estos espíritus bienaventurados nos ayuda y consuela: ellos caminan a nuestro lado y nos protegen en toda circunstancia, nos defienden de los peligros y podemos recurrir a ellos en todo momento"; por eso debemos "invocar con confianza su ayuda, así como la protección de los ángeles custodios"; "muchos santos mantenían con los ángeles una relación de verdadera amistad y hay muchos episodios que testimonian su asistencia en particulares ocasiones.

Los ángeles son [...] un válido auxilio en la peregrinación terrena hacia la patria celestial" (29 de septiembre de 2008). "Invoquemosles a menudo para que nos sostengan en el empeño de seguir a Jesús hasta identificarlos con Él" (1 de marzo de 2009).

En efecto, ellos son intercesores nuestros ante Dios y Él los ha creado para que nos ayuden en el camino hacia la vida eterna. De ahí la importancia de rezar a los ángeles, de pedir su asistencia y de tenerlos también por modelos de fidelidad a Dios. De ahí igualmente el deseo de compartir su gloria en el Cielo.

Los coros angélicos y nuestra vida espiritual

El Papa San Gregorio Magno señala que la consideración sobre los nueve coros angélicos debe sernos provechosa en santos deseos de acrecentar nuestras virtudes, ya que creemos que ha de completarse en el Cielo el vacío dejado por los ángeles caídos (*Homilías sobre los Evangelios*, 34, 11).

Pero es quizá sobre todo el abad San Bernardo de Claraval quien, en un tratado elaborado para su discípulo el Papa Eugenio III y después de hablar de las características de cada uno de los nueve coros angélicos (ángeles, arcángeles, virtudes, potestades, principados, dominaciones, tronos, querubines y serafines), señala lo que acerca de Dios y de su amor a nosotros se puede descubrir en cada uno.

"Hay que descubrir en los espíritus llamados serafines cómo Dios es capaz de amar cuando no hay razón alguna para amar; pero también cómo es incapaz de odiar nada de cuanto Él ha creado. [...]"

Hay que descubrir en los querubines, llamados plenitud de ciencia, que Dios es señor de todo conocimiento [...], que es todo luz y que no hay en Él tiniebla alguna. [...]"

Hay que descubrir en los tronos cómo se sienta sobre ellos un juez libre de toda sospecha para los inocentes, que no quiere engañar ni ser engañado, porque es amor y luz. [...]"

Hay que descubrir en las dominaciones la majestuosa grandeza del Señor [...]."

Hay que descubrir en los principados el principio del que todo procede [...]."

Hay que descubrir en las potestades con qué poder protege Dios a los mismos seres que domina, venciendo y arrojando lejos a todo poder adverso.

Hay que descubrir en las virtudes que Él es fuerza presente por igual en todas partes, por la cual existen todos los seres [...]."

Por último, hay que descubrir en los ángeles y arcángeles la verdad y la verificación de aquellas palabras: 'A Él le interesa nuestro bien', pues no cesa de alegrarnos con las visitas de seres tan grandes y admirables, instruyéndonos con sus revelaciones, previniéndonos con sus sugerencias y consolándonos con su asistencia" (*Sobre la consideración*, libro V, 4,10).

"Los ángeles y los arcángeles están junto a nosotros, pero Dios, que no sólo está cerca, sino dentro de nosotros, se nos muestra mucho más fraternal" (*Sobre la consideración*, libro V, 4,11). Los ángeles nos sugieren el bien, nos exhortan a él; "el ángel está con el alma; Dios está en el alma" (*Sobre la consideración*, libro V, 4,12).

Toda la Tradición monástica, desde los llamados "Padres del Desierto" del siglo IV (los primeros monjes cristianos de Egipto y de la zona del Líbano-Siria-Palestina), ha incidido en el carácter angélico de la vida monacal y en la intensa relación espiritual que los monjes deben mantener con los ángeles, así como la tensión constante con los ángeles malos o demonios.

San Bernardo de Claraval, en el siglo XII, afirma que la vida monástica es a la vez una vida celestial y angélica por la guarda del celibato; es además una vida profética, porque busca y anuncia lo que no se ve, vive de la fe y aspira a la eternidad; y es una vida apostólica, que se gloria en el Señor porque se ha dejado todo para seguirle y escucharle (*Sermón 3 de las faenas de la cosecha*).

Ciertamente, la vocación monástica es una verdadera vocación angélica o una prolongación de ella, pues su misión fundamental es alabar, adorar y amar a Dios. Quienes la hemos abrazado, debemos desarrollar la misión de los ángeles, aunque sin perder de vista que no somos ángeles, sino hombres con nuestras virtudes y con nuestros defectos y miserias, heridos por el pecado original y sus consecuencias.

San Juan Clímaco, en el siglo VI, decía así: "Monje es un orden y manera de vivir de ángeles, estando sin embargo en cuerpo material y manchado" (*Escala del Paraíso*, I, 10). Y diez siglos después, el benedictino francés Ludovico Blosio (Luis de Blois) enseñaba que el monasterio es "escuela de ángeles en donde se ejercitan obras espirituales" (*Espejo de monjes*).

Coro monástico y coro angélico

De un modo muy especial, la misión de los ángeles que tienen los monjes en la tierra se cumple en el coro, en el canto de las alabanzas divinas, que es la función principal del monje: no en balde, San Benito ordena en su *Regla* que "nada se anteponga a la Obra de Dios" (es decir, el Oficio Divino; RB XLIII, 3), y el citado Blosio exhorta al monje a llegar con tiempo al coro "como a un lugar de refugio y a un jardín de celestiales deleites" (*Espejo de monjes*).

En la oración comunitaria en el coro se hallan presentes el Señor y sus ángeles (RB XIX, 1.5-6). San Bernardo recuerda también que el canto del Oficio Divino se hace en presencia de los ángeles, quienes llevan esta oración litúrgica ante Dios. El coro monástico, por lo tanto, se une a los coros angélicos para entonar un himno de alabanza al Señor: "Unidos en la alabanza a los celestiales cantores, como conciudadanos de los consagrados y familia de Dios, salmodiad sabiamente: como un manjar para la boca, así de sabroso es el Salmo para el corazón" (*Sermones 7 y 8 sobre el Cantar de los Cantares*).

Es muy antigua y muy constante en la Tradición monástica la convicción profunda de que los ángeles están presentes en la oración de los monjes en el coro y unos y otros unen sus cánticos para alabar al Señor. Por otra parte, la cogulla monástica, el hábito coral del monje, es como una vestidura angélica: con ella va a cantar las alabanzas divinas en el coro, donde se une a los ángeles del Cielo en esta tarea. Pero será también la mortaja funeraria del monje, con un sentido lógico: su misión en la tierra ha sido cantar las alabanzas divinas en el coro monástico, al que venían a unirse los coros angélicos; en la hora de la muerte marcha ya al Cielo para unirse él a los coros de los santos monjes y de los ángeles para cantar al Señor, por fin ante su presencia soberana.

San Juan Clímaco, autor del Sinaí en el siglo VI, decía que "los ángeles son una luz para los monjes, y la vida monástica una luz para todos los hombres. Que los monjes se esfuercen, pues, por ser buenos modelos en todas las cosas y no ser para nadie ocasión de escándalo, ni en sus obras ni en sus palabras" (*Escala del Paraíso*, XXVI, 25). Otro monje del Monte Sinaí muy citado en números anteriores, el Pseudo-Dionisio Areopagita, habla de "nosotros, amigos de los ángeles" (*La Jerarquía Celeste*, XIV, 4).

He decidido elaborar este apartado en dos artículos a raíz de muchas reflexiones y meditaciones que los niños de nuestra Escolanía de la Santa Cruz del Valle de los Caídos han suscitado en mí al observarlos y tratarlos.

A ellos, en consecuencia, quisiera dedicarlo con mi afecto más sincero y reconociendo la predilección con que cuentan a los ojos de Dios, que les llama a ser escolanos como una vocación a servirle con el canto de sus voces y como monaguillos en el altar.

En la Sagrada Escritura

En algunos pasajes de la Sagrada Escritura se observa una protección especial de los ángeles de Dios sobre los niños. En el Antiguo Testamento podemos encontrar ciertos datos significativos referidos a los dos hijos de Abrahán: Ismael, el hijo de la egipcia Agar, e Isaac, hijo de Sara. Cuando el primero iba a morir de sed en el desierto, Dios escuchó su voz y envió a su ángel para consolar a la madre y salvar al niño, prometiéndole ser el origen de un gran pueblo (Gén 21,17-19). En cuanto a Isaac, es bien conocido y hermoso el pasaje de su sacrificio por parte de Abrahán: Dios probó la fe de éste e impidió finalmente, por medio de su ángel, que diera muerte al niño, haciendo que ofreciera un carnero en su lugar y prometiéndole también sus bendiciones y multiplicar su descendencia como las estrellas del cielo y la arena de la playa (Gén 22,11-18).

Tal vez haya que destacar de un modo especial ciertos hechos relacionados con el profeta Daniel, más bien ya en edad adolescente o de muy primera juventud: en el bello relato de Susana y los viejos se le denomina "un joven muchacho" o "un muchacho" (Dan 13,45). No obstante, hay que advertir que en la Biblia se llama así a veces a jóvenes de más de veinte años, pero en el caso de Daniel parece tratarse ciertamente de un adolescente. La protección de los ángeles santos se observa, por ejemplo, cuando fue arrojado al foso de los leones: Dios envió, entonces, a su ángel para cerrar la boca de estas fieras y que no le hicieran daño (Dan 6,22/23); al final del libro nuevamente lo custodiará en el foso (Dan 14,34-42). Ya previamente se narra la protección del ángel del Señor a favor de los tres muchachos compañeros de Daniel, esto es, Sidrac, Misac y Abdénago, cuando fueron lanzados al horno encendido (Dan 3,49-50.92/25.95/28). También un ángel (que en ocasiones se ha identificado con San Gabriel), revela a Daniel hechos importantes en relación con los ángeles de los pueblos (Dan 10).

Infancia espiritual

Sin embargo, la referencia más explícita de la Sagrada Escritura a la relación de los ángeles y los niños es sin duda de Nuestro Señor Jesucristo: "Cuidado con despreciar a uno de estos pequeños, porque os digo que sus ángeles están viendo siempre en los cielos el rostro de mi Padre celestial" (Mt 18,10). La predilección de Jesús hacia los niños se manifiesta en varios pasajes de los Evangelios, donde los pone por modelo para lo que luego se ha llamado "infancia espiritual", es decir, la sencillez, la inocencia y la pureza frente al pecado, y les expresa todo su cariño (Mt 18,2-6; 19,13-15; Mc 9,36-37; 10,13-16; Lc 9,47-48). Jesús advierte seriamente de la gravedad de ocasionar escándalo, sobre todo hacia los que Él denomina "pequeños" o "pequeñuelos", entre los que se incluyen directamente los propios niños a los que propone como modelo para ellos. Es más, relaciona el daño de escandalizarles con el hecho de que sus ángeles están viendo continuamente el rostro del Padre celestial. De ahí la gravedad de ocasionar daño moral a los niños, robándoles la inocencia, algo muy habitual en nuestra sociedad contemporánea e incluso desde instancias estatales. Y de ahí también la gravedad tremenda si es un sacerdote o un religioso quien les causa un daño así, como ha señalado Benedicto XVI en varias ocasiones.

Los ángeles y los niños en los documentos de los Santos Padres

Febrero 2013

Nuestro Señor propone a los niños como modelo de una inocencia y de una simplicidad que pide a quienes deseen ser sus discípulos. Así lo entendieron ya muchos Santos Padres al comentar estos pasajes, como San Jerónimo (*Comentario a Mateo, nn. 43-45*).

San Ambrosio dice que los presenta como modelo porque "no tienen malicia, no saben engañar, no se atreven a vengarse, no conocen la avidez en las riquezas y no desean honores ni tienen ambiciones. Pero la virtud no consiste en ignorar estas cosas, sino en despreciarlas" (*Tratado sobre el Evangelio de San Lucas, lib. VIII, n. 57*).

San Juan Crisóstomo advierte que Jesús propone a los niños como ejemplo de humildad, virtud necesaria que debemos adquirir para entrar en el reino de los cielos y que se cifra en la sencillez con discreción: "ésta es la vida de los ángeles. A la verdad, limpia está de todas las pasiones el alma del niño". En efecto, no guardan rencor y se acercan pronto como amigos a quien les ha ofendido, aman a su madre aunque ella les corrija y azote y no sienten pena por las cosas que nosotros lamentamos, como la pérdida del dinero, ni ponen en éste sus alegrías. Por eso debemos hacernos como niños (*Homilías sobre San Mateo, 62, 4*). Por otra parte, del pasaje comentado deduce la existencia de los ángeles custodios, señalando que los de los niños y "pequeñuelos" (los que viven la infancia espiritual y los frecuentemente despreciados por la sociedad) gozan de una confianza y una preeminencia de honor especial ante Dios (*Homilías sobre San Mateo, 59, 4*). A partir del referido pasaje, igualmente San Jerónimo se inflama ante la realidad de los ángeles de la guarda y el valor de la persona humana y exclama: "¡Grande es la dignidad de las almas, ya que cada una tiene desde el instante de su nacimiento un ángel encargado de su custodia!" (*Comentario a Mateo, n. 43*).

En otros autores católicos

Atendiendo a todo lo expuesto en el artículo anterior y en éste, con razón dirá San Juan de Ávila que se debe cuidar con esmero de los niños, pues son hijos del Rey celestial y se les debe la máxima reverencia (*Memorial segundo al Concilio de Trento: Causas y remedios de las herejías, n. 54*).

Otro destacado autor del siglo XVI, el jesuita P. Juan de Maldonado, quien quiso contrarrestar las tesis de los protestantes explicando adecuadamente los Evangelios, incide en que Jesucristo propone a los niños como modelo de humildad y sencillez que deben imitar los mayores. Dice además que "prueba que no debe ofenderse ni despreciarse a los niños, porque Dios los estima en tanto, que les ha señalado ángeles de su corte para custodiarlos. De este lugar y algunos otros nació la opinión común (entre los teólogos y en la Iglesia) de los ángeles custodios". El P. Maldonado afirma que los ángeles de los niños tienen una especial proximidad y familiaridad con Dios (*Comentarios a los Cuatro Evangelios. Evangelio de San Mateo, parte I, sección III, cap. 9, nn. 2-10 y cap. 10, n. 14*).

Santa Teresa del Niño Jesús o de Lisieux, por su parte, ha delineado con claridad y sencillez el "caminito" de la infancia espiritual.

Algunas consideraciones finales

Los niños deberían hacernos meditar con frecuencia sobre ciertas cualidades que debemos cuidar los mayores en nuestra personalidad y en nuestra vida espiritual. Nuestro Señor los ha propuesto como modelo de inocencia, sencillez y humildad. Entresacó a un niño y lo puso en medio como ejemplo para todos. No quiere decir que debamos permanecer psicológicamente inmaduros, sino que hemos de fomentar esas virtudes y no inclinarnos a la maldad.

Al tratar con los niños, será bueno tener presente que son unos de los predilectos de Jesús y que sus ángeles gozan de la contemplación de Dios. Ello nos hará descubrir en su inocencia, en su sencillez y en su alegría cómo son los ángeles de Dios, espíritus puros y simples, felices por poseer a Dios; y también nos hará descubrir cómo es el mismo Dios, Ser simplicísimo puro y eternamente feliz. Muy especialmente los niños de las escolanías dedicados al canto litúrgico y los monaguillos al servicio del altar, nos podrán recordar con sus voces y con su candidez el modo en que los ángeles alaban y adoran continuamente a Dios en el Cielo. Por todo ello, es mayor aún nuestra obligación de procurar el máximo bien de los niños y jamás escandalizarles ni causarles un daño moral que incluso podría ser irreparable.

Los niños deberían hacernos meditar sobre ciertas cualidades: "no tienen malicia, no saben engañar, no se atreven a vengarse..."

(Este texto está sacado de <http://www.elpandelospobres.es/revista-on-line/fundamentos.html>)